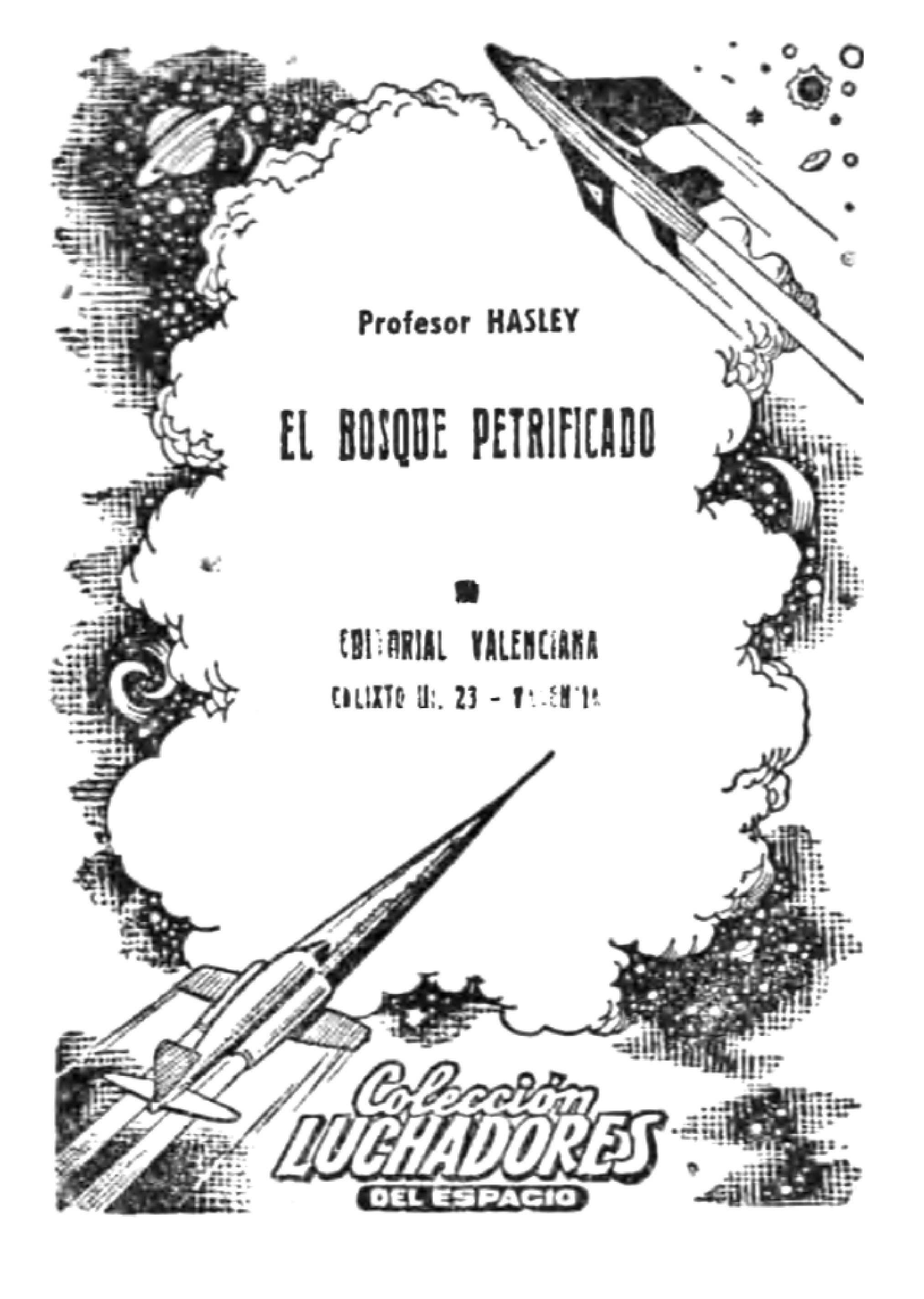

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
El BOSQUE
PETRIFICADO
por el PROFESOR HASLEY.

Profesor Halsey

El bosque petrificado

Luchadores del Espacio - 126

Título original: El bosque petrificado
George H. White, 1954
Número OCLC: 431513832



Profesor HASLEY

EL BOSQUE PETRIFICADO

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

PRINTED IN SPAIN
Deposito Legal V-1242.—1958.
EDITORIAL VALENCIANA.—VALENCIA

El bosque petrificado


EL BOSQUE
PETRIFICADO
por
el PROFESOR HASLEY

CAPÍTULO PRIMERO

Ocho días habían pasado desde el momento en que el «Sagitario Z» abandonase la Tierra, en medio del terrible espectáculo de destrucción y de muerte que ninguno de todos los navegantes del espacio podría olvidar.

Para todos había sido dolorosa aquella partida, pero muy especialmente para Richard, el cual no podía apartar de su mente el dulce rostro de Karima ni la dramática situación en que la viera por última vez[1].

En su cerebro se iluminaba tercamente la aterradora escena: Karima yacía en el suelo, a pocos metros del «Sagitario Z», y un descomunal cerco de fuego la aprisionaba, envolviéndola en su terrible abrazo de millones de grados.

La gran aventura emprendida por los audaces viajeros, al iniciar el primer viaje de los terrestres a Venus, había obligado a Richard a sumirse en los múltiples y delicados trabajos que tal empresa requería, pero su corazón seguía ligado a la Tierra, ai pequeño círculo luminoso que creara Karima con su minúsculo aparato para conseguir aislarse de aquel mar de fuego en que se hallaba aprisionada.

Richard la había visto realizar verdaderos prodigios con el extraño y desconocido aparato, pero ello no bastaba para contener la ansiedad de su corazón y negros presagios atenazaban su alma.

¿Qué había pretendido la maravillosa criatura al irrumpir de improviso en escena, intentando ganar desesperadamente el «Sagitario Z»? ¿Qué poder tenían aquellos hombres que lo persiguieran con la extraña arma que era capaz de incendiar la misma atmósfera?

Jamás se había visto nada semejante en la Tierra, y el problema daba mucho que pensar a nuestro hombre.

Los cuatro desconocidos que le atacaran en aquella ocasión tenían el mismo exótico color de la piel de Karima y ella parecía estar ligada de algún modo a sus misteriosos agresores.

Según Mak le había contado medio centenar de veces, fue la misma Karima quien le confesó que le había preparado una emboscada para que pereciera a manos de sus secuaces de cobriza piel. Pero, si era así ¿por qué intervino en el último instante, salvándole la vida y enfrentándose con sus propios compañeros?

Durante el tiempo que pasó conviviendo con la maravillosa muchacha, tuvo el firme propósito de no permitir a su corazón que se

inclinara ante los extraordinarios encantos de Karima, pero ahora se daba cuenta de que todo fue inútil. La amaba y sentía el remordimiento de haberse alejado de ella, quizá para siempre, sin dejar que se trasluciesen sus sentimientos.

Casi como un autómata había atendido a la marcha del «Sagitario Z» durante los dos primeros días; reaccionando después, lentamente.

Por fortuna, la astronave no había presentado ninguna dificultad a su manejo y Mak y el profesor Lowe pudieron atender a su marcha sin contratiempos.

Durante ocho largos días habían navegado por el inmenso espacio y ahora estaban muy cerca de alcanzar su objetivo: Venus.

—Pronto podremos verle la cara a ese misterioso planeta, que durante tantos miles de siglos se ha ocultado a nuestros ojos detrás de la densa atmósfera que lo recubre—dijo alguien.

Aquellas palabras rompieron el hilo de las meditaciones de Richard y levantó la cabeza.

Era el profesor Lowe quien las pronunciara.

—Es emocionante ¿verdad, Richard?—sonrió el anciano sabio.

Richard no contestó pero asintió con la cabeza y sus labios se distendieron en una sonrisa.

—Desde la Tierra se ve tan brillante como cualquier otro cuerpo celeste, profesor—intervino Doug, sacando su cabeza de la cabina de control de máquinas—, pero ahora que lo tenemos cerca me doy cuenta de lo que quiere decir. Con el radiotelescopio he podido ver de muy cerca esa atmósfera. ¡Es algo asombroso!

—No tardaremos mucho en atravesarla—intervino Mak—. Si mantengo esta velocidad, lo haremos dentro de un par de horas.

El doctor Tomlison miró al profesor y tome la palabra.

—Reconozco que es total mi ignorancia en cuestiones de Astronomía. Mis conocimientos no van más allá de lo que pueda relacionarse con mi profesión; especialmente la fisiología del «hombre del espacio».

—Denominación en la que acaba usted de ser incluido—sonrió Lowe—, pues está realizando su primer viaje sideral.

Tomlison sonrió y levantó una mano en señal de protesta.

—Casi no me atrevo a asegurarlo—dijo— ¡Este aparato resulta tan cómodo como cualquier avión de los que usamos en la Tierra! No he notado ni la más ligera variación en mi organismo. Como fisiólogo de la expedición voy a tener muy poco que hacer. La astronave diseñada por Richard es perfecta.

El aludido rechazó modestamente la alabanza, pero Tomlison insistió.

—No hay adulación, amigo Richard. Confieso que no esperaba encontrar una obra maestra como ésta cuando la Comisión Mundial

del Espacio me designó precipitadamente para hacerme cargo de la parte médica de la expedición.

Richard miró a su interlocutor y sonrió.

Estaba contento de que hubiese sido designado Tomlison para que los acompañara en aquella aventura. Era éste un hombre de cincuenta años, alto y de pocas carnes, cuya rojiza cabellera estaba eternamente desordenada. Tenía sangre irlandesa en sus venas y ello se reflejaba en su anguloso rostro y en el apasionado brillo de su mirada inteligente.

Todos lo habían aceptado con sumo gusto como compañero de viaje, pues unía a su prestigio mundial como fisiólogo un temperamento y un carácter muy agradables.

—Pronto sabrá usted más sobre Venus que todos los astrónomos que hay en la Tierra, doctor—sonrió Mak, sin perder de vista los mandos del aparato.

—Pero antes quisiera algunos conocimientos generales—respondió el doctor.

—Tendré mucho gusto en proporcionárselos —terció el profesor Lowe—, si me lo permite.

—Se lo ruego.

Lowe se detuvo un instante, abandonó los instrumentos con los que había estado haciendo mediciones hasta aquel instante y se volvió hacia el doctor.

—Venus es uno de nuestros más próximos vecinos, como usted sabe, amigo Tomlison. Segundo de los planetas en orden de aproximación al Sol, sus características son, en cierto modo, semejantes a las de la Tierra.

—¿Quiere ello decir que podemos encontrar seres parecidos a nosotros?

El profesor lanzó una larga y sorprendida mirada al doctor Tomlison.

—El profesor se refiere a características puramente físicas—sonrió Richard.

—Había olvidado que estoy hablando con un fisiólogo—sonrió Lowe—. Es natural que su máximo interés esté centrado en ei ser humano.

—Perdone, profesor—respondió Tomlison, alisándose inútilmente el cabello—. Siga, por favor.

—Como bien decía nuestro amigo Richard, me refiero a las condiciones físicas de ese planeta que es lo que entra dentro del campo de mis actividades.

—Continúe—rogó Tomlison.

—El volumen de Venus es 0’90 el de la Tierra, su densidad 0'91, su masa 0’817 y su gravedad 0’83. Como puede observar no es muy

grande la diferencia entre uno y otro planeta.

—Son cifras que considero muy interesantes —replicó el doctor.

—La distancia de este planeta a la tierra es de 259 millones de kilómetros la máxima y 38 millones la mínima. En la actualidad se encuentra a cincuenta y ocho millones de kilómetros de la Tierra.

—No quiero ni calcular lo que me hubiese tenido que costar este viaje de haber pagado a tanto el kilómetro—sonrió Tomlison.

—El calor y la luz que recibe Venus—continuó el profesor—es aproximadamente el doble que el de la Tierra.

—Lo cual quiere decir que no podremos vivir en él sin el auxilio de nuestros trajes de hombres del espacio, ¿no es así?

—Nada de eso, querido doctor—sonrió Lowe—. Al menos no es el calor lo que nos lo impedirá, porque en este momento, Venus está en pleno invierno y su máxima temperatura no rebasará los cuarenta grados.

—Crea que me alegra oírles decir eso. Hace cinco días me probé esos trajes y son muy incómodos.

—De cualquier modo, no habrá más remedio que ponérselos—agregó el profesor—pues es muy probable que no podamos respirar su atmósfera. Una espesa capa de gases la constituyen y muchos de ellos son venenosos.

—-Eso elimina las posibilidades de que haya una vida parecida a la nuestra, ¿no es cierto?

El profesor tardó en contestar unos segundos.

—Nada podemos decir respecto al particular—contestó finalmente—. Quizá una adaptación al medio...

El profesor no terminó la frase, conformándose con apuntarla.

El doctor Tomlison quedó pensativo y sus ojos mostraron el entusiasmo que le producía ía aventura.

—¡Sería maravilloso!—exclamó en voz baja.

—¿Qué es lo que sería maravilloso?—preguntó Richard.

—Que encontrásemos seres, de la naturaleza que sea, sobre la superficie de ese planeta.

—Nada de eso—arguyó Lowe—. Ninguna desgracia podría ser para nosotros más grande.

Aquellas palabras asombraron al doctor y no pudo evitar el manifestarlo.

—¿Una desgracia? Creo que para la Ciencia sería de un interés...

Lowe no le dejó terminar.

—En otro momento no digo que no fuese así—atajó—, pero en la actualidad sería una verdadera desgracia.

—El doctor Tomlison fue destinado a última hora para acompañarnos—intervino Richard— y no está al tanto de ciertas cuestiones.

—Es cierto—reconoció Lowe.

—¿ Qué cuestiones son ésas ?—preguntó Tomlison.

—El haber precipitado nuestra marcha obedece a la necesidad de resolver un grave problema para la Tierra—explicó el profesor—. Las catástrofes que se producen en la misma durante los últimos tiempos tienen su origen en Venus. De continuar las mismas, la Luna acabaría precipitándose sobre nuestro sufrido planeta desintegrándolo.

—¿Y qué tiene ello que ver con el asunto que yo he planteado?

—La conclusión es sencilla—intervino Richard—. Nuestro objetivo es encontrar las fuentes de esas tempestades calóricas que están funcionando el deuterio de nuestros mares, produciendo una sensible modificación en el régimen de las mareas. Si lo conseguimos, intentaremos resolver el problema y alejar, así, el peligro.

—Me parece bien—admitió el doctor—, pero sigo sin comprender.

—La explicación es bien clara—intervino de nuevo—. Si esas tempestades de millones de grados obedecen a un simple, aunque desconocido fenómeno cósmico, quizá hallemos la solución. Pero de estar habitado este planeta, el fenómeno puede ser provocado por sus habitantes; en cuyo caso tendríamos que luchar, en manifiesta inferioridad, contra ellos, para conseguir nuestro objetivo.

—¡Demonios!—exclamó el doctor Tomlison— ¡No se me había ocurrido pensar en semejante contingencia!

—Esas son las agradables vacaciones que nos hemos proporcionado—sonrió Mak desde su puesto de mando de la astronave.

—¡Y pensar que para eso hemos construido esta maravillosa máquina!—exclamó Doug.

La conversación continuó durante un buen rato y el doctor Tomlison quedó plenamente informado de los objetivos que se proponía la audaz expedición.

—Según mis cálculos—terminó el profesor— la fuente de esas tempestades calóricas se encuentra al oeste de la posición que ocupamos, y hacia allí vamos a dirigirnos.

—¿Y si nos pilla de pleno una de esas andanadas de calor?—preguntó Tomlison, más por curiosidad que por miedo.

—No pasará nada—intervino Richard—, porque el aparato crea a su alrededor un campo electromagnético que rechaza el producido por esas ondas de calor, de modo que no llegarán a tocarnos.

—Hablando de ello—intervino Mak—. ¿Pongo ya en marcha los aparatos para crear el campo electromagnético, Richard?

—Sí, Mak, hazlo.

El piloto accionó unos cuantos resortes y un agudo pero apagado gruñido se unió a la silenciosa marcha del «Sagitario Z».

—Será cuestión de poner rumbo hacia la zona que nos interesa—advirtió el profesor.

—¿Ha hecho usted los cálculos, profesor? —preguntó Mak.

—Sí, Mak. Rumbo uno, tres, cero del noveno cuadrante. Ángulo de variación 2'8. Posición de picado O'IO de la vertical.

Mak puso toda su atención en el manejo de los mandos y el «Sagitario Z» comenzó a desviarse de la trayectoria que había llevado hasta aquel momento.

—Situados en la nueva trayectoria—comunicó unos segundos más tarde—. Desconecta las cargas auxiliares, Doug.

—Cargas auxiliares desconectadas—respondió el aludido.

—¿Qué tiempo tardaremos en alcanzar la atmósfera, Richard?—preguntó el profesor.

Nuestro hombre miró el indicador que tenía a su izquierda y dio la referencia que se le pedía.

—Dentro de unos cuarenta y cinco minutos, si mantenemos la velocidad.

—De acuerdo—respondió el profesor—. Tenemos cuarenta y cinco minutos para disfrutar de esta paz, ¡luego tendremos que trabajar como leones!

—Me parece justo, después de ocho días sin hacer otra cosa que comer y dormir—sonrió Tomlison—. Es un plan de trabajo que me gustaría imponer en la Tierra cuando regresemos.

—Cuando regresemos—repitió Richard automáticamente y sus ojos parecieron perderse tras la fugitiva silueta de un sueño que se desarrollaba en su mente.

CAPÍTULO II

En el tiempo previsto alcanzaron el objetivo que se habían propuesto.

Una espesa nube de vapores, irisados por los más fantásticos colores, se presentó a los ojos de los viajeros.

—Ahí tenemos la atmósfera de Venus—dijo el profesor, sin apartar la vista del espectáculo fascinante.

—Una visión maravillosa—respondió Tomlison.

—Disminuya la velocidad todo lo que pueda, Mak—dijo el profesor—. Quiero hacer un estudio directo de esa atmósfera en cuanto penetremos en ella.

Mak manipuló los mandos y el «Sagitario Z» disminuyó la marcha cuanto era posible.

—¿Es en esa atmósfera donde se originan los rayos calóricos que nos preocupan, profesor?—preguntó Richard.

—Según mis cálculos es la parte sólida de Venus donde hemos de buscar la fuente—le replicó aquél.

—Entonces no utilices el estabilizador, Mak —ordenó Richard—. Atraviesa esa atmósfera y ya procederemos según convenga cuando estemos a la vista de la parte sólida.

—En este momento vamos a entrar en la atmósfera de Venus—informó Mak.

La astronave hundió su afilada punta en las primeras capas atmosféricas y no tardó en verse sumida en un mundo extraño y fantástico.

—¡Es maravilloso!—exclamó Tomlison.

Ante los ojos de los navegantes del espacio se desenvolvía un mundo gaseoso, cuyas vaporosas bandas mostraban una gran actividad.

Grandes columnas de un vapor amarillento venían a mezclarse con las caprichosas volutas de un rojo intenso. Bandas atmosféricas de un azul brillante se entremezclaban con pequeñas franjas paralelas de color anaranjado o contrastaban con blandas nubes de un intenso color verde esmeralda.

El profesor Lowe tomaba rápidas notas taquigráficas y su entusiasmo parecía no tener límite.

—Son vapores de potasio, calcio, litio—decía entre dientes.

—¿Qué son esas franjas con bordes de un blanco brillante?—preguntó Tomlison.

—Son iones de criptón—repuso el profesor— ¡Nunca creí encontrar semejante cosa!

El «Sagitario Z» avanzaba lentamente y el paso de su ingente mole producía a su alrededor fantásticos remolinos.

La voz de Doug se dejó oír.

—¿Puede haber aerolitos por aquí, profesor?

—¿Aerolitos?

—En la pantalla de radar he detectado uno que se acerca hacia nuestra astronave a gran velocidad.

—Quiero ver eso—dijo Richard, acercándose a la pantalla.

En efecto, un brillante punto luminoso se aproximaba con rapidez hacia el centro de la pantalla, lugar que indicaba la situación del «Sagitario Z.»

—¡Desvíate hacia el Este, Mak! ¡Acelera, si es que queremos apartarnos de la ruta de ese condenado cuerpo del espacio!

Mak obedeció las órdenes y el «Sagitario Z» dio un brinco de costado.

La sorpresa de Richard fue muy grande cuando, al observar de nuevo la pantalla de radar, se dio cuenta de que aquel cuerpo celeste, del cual pretendían huir, modificaba su rumbo y se dirigía de nuevo hacia el centro de la pantalla.

—¡Cuidado, Mak! ¡Ese extraño cuerpo nos persigue! Ha cambiado de rumbo al mismo tiempo que nosotros y se dirige a nuestro encuentro.

—Volveré a cambiar de rumbo—respondió Mak.

—¿Qué diablos sucede?—preguntó el profesor, al tiempo que se apartaba de su puesto de observación y se colocaba junto a Richard.

—Compruébelo usted mismo, profesor—dijo escuetamente Richard.

Mak cambiaba con rapidez de rumbo y el puntito brillante de la pantalla de radar zigzagueaba vertiginosamente, sin dejar de aproximarse a la astronave.

—¿Está en marcha el campo electromagnético?—preguntó el profesor.

—Sí—contestó Mak.

—Esa debe ser la explicación—dijo el profesor—-. Debe tratarse de un meteorito metálico, que se siente atraído por nuestro campo como por un imán.

—¿Desconecto, pues?—preguntó Doug.

—Será lo mejor—repuso el profesor—. De no hacerlo, saltaremos pulverizados en cuanto entremos en colisión.

Doug hizo la desconexión y el zumbido, al que ya se habían acostumbrado, cesó instantáneamente, envolviéndolos a todos en un profundo silencio, donde apenas si se oía sus excitadas respiraciones.

Richard miró de nuevo a la pantalla y una ligera palidez invadió sus facciones.

Vaciló una fracción de segundo y su voz sonó con apremiante acento.

—¡Conecta, Doug! ¡No pierdas ni un segundo!

El aludido conocía bien a Richard y sabía que la alarma que expresaban sus palabras no habría de ser gratuita. Con gesto instintivo alargó su brazo y el familiar zumbido volvió a escucharse.

—¿Pero qué le sucede, Richard?—preguntó el profesor—. ¿Quiere que acabe aquí nuestra aventura de conquistadores del espacio?

—¡A pesar de que hemos quitado el campo electromagnético, ese cuerpo desconocido sigue aproximándose hacia nosotros!—exclamó Richard.

—¿Cómo puede ser eso?—preguntó Mak en el colmo de su asombro.

—No tengo la menor duda de que no se trata de un aerolito—respondió Richard—. Quizá es un proyectil dirigido.

Aquellas palabras sorprendieron a todos y muy particularmente al profesor, el cual se disponía a contestar cuando le interrumpió la voz excitada de Tomlison.

—¡Eh, miren! ¡Miren!

Richard y el profesor se aproximaron a las paredes transparentes del observatorio y dirigieron sus ojos hacia un lejano punto que Tomlison señalaba con el dedo.

—¡Ahí lo tenemos!—exclamó Richard.

En medio de la agitada atmósfera multicolor se veía avanzar un punto intensamente brillante, alrededor del cual se desprendía una verdadera catarata de ígneas chispas.

—¡Pica a fondo, Mak!—ordenó Richard.

El piloto realizó la maniobra y todos estuvieron muy cerca de caer al suelo como consecuencia de la misma.

El punto luminoso modificó también su trayectoria, sin dejar de enfilar al «Sagitario Z.»

—¡Es enorme su velocidad!—murmuró con voz alterada el profesor.

—¡Va a chocar con nosotros!—exclamó el doctor Tomlison, cuyos ojos veían acercarse, fascinados, el extraño meteoro.

Un según Jo más tarde, aquel objeto se acercó lo bastante para que Richard pudiese distinguir sus perfiles.

—¡No es un meteoro! ¡Se trata de una astronave !

En aquel mismo instante, el enigmático aparato levantó su proa hacia el cielo y pasó por encima del «Sagitario Z.»

Un vivísimo resplandor iluminó el espacio que rodeaba a nuestros

amigos y la densa atmósfera que los envolvía se incendió en repentina y trágica llamarada.

—¡Es el mismo procedimiento que se empleó para destruir nuestra base de North Platte, en la Tierra!—dijo Mak.

—Doy gracias a Dios porque no prevaleciese mi opinión respecto al campo electromagnético —suspiró el profesor.

—Cuando vi que ese «objeto» nos perseguía, a pesar de haber desconectado el campo —dijo Richard—, adiviné que se trataba de «algo» dotado de voluntad.

—Fue una feliz ocurrencia—dijo Tomlison, pasándose las dos manos por su despeinado cabello.

Afuera, una gran capa de aquella extraña atmósfera ardía en un terrible remolino.

—Procura salir de este infierno, Mak—ordenó Richard.

—Eso estoy intentando—respondió el piloto—. Desvío el rumbo hacia el Este.

—Pon los motores al máximo.

—Aunque lo haga no sé si podremos evitar otra acometida de ese endiablado aparato. Me parece que es más rápido que el nuestro.

—Lo intentaremos de todos modos—respondió Richard.

Mientras Mak realizaba las maniobras necesarias, Richard volvió a la cabina de control y observó atentamente la pantalla del radar.

—Es ese pequeño punto que está a mi izquierda—dijo Doug—. Lleva una velocidad sorprendente.

El puntito de la pantalla pareció detenerse durante un segundo en su huida y comenzó a retroceder.

—Vuelve—dijo escuetamente Doug.

—¿No hay modo de hacerle frente?—preguntó Tomlison.

—El «Sagitario Z» no es un aparato de combate—respondió Richard—. No llevamos a bordo ni una sola ama de verdadera potencia. Lo único son unos cuantos rifles y pistolas convencionales, lo cual no sirve.

—¡Ahí viene otra vez!—advirtió el profesor Lowe.

El luminoso punto se hizo visible nuevamente y no tardó en cruzar por encima de la astronave terrestre.

Una nueva llamarada envolvió al aparato, hundiéndolo en un verdadero volcán de fuego.

Richard se aproximó a determinado instrumento y lo estuvo observando.

—Nuestro campo electromagnético rechaza a la perfección las ondas de calor. Si nuestros atacantes no disponen de otras armas no conseguirán derribarnos—dijo.

Durante varios minutos continuó aquella acometida.’El «Sagitario Z» resistía perfectamente, encerrado en su campo electromagnético,

pero un verdadero huracán de fuego lo rodeaba, transformando la atmósfera en una agitada llama.

Más tarde fueron tres los aparatos que intentaban poner fuera de combate la astronave de los terrestres, sin conseguir por ello mejor resultado.

—Empiezan a estar claras las cosas—murmuró Lowe.

—¿Qué es lo que está claro para usted, profesor?—preguntó Tomlison, el cual luchaba por apaciguar algunos animales, entre ellos varios monos, que llevaba para fines experimentales.

—Son los habitantes de Venus los que producen esas terribles mareas de calor que están asolando nuestro planeta.

—¿Cree usted que son los habitantes de Venus ?—preguntó Richard.

—¿De dónde si no iban a ser?—respondió el profesor—. Si se tratara de otros pobladores del espacio nos hubieran atacado en otro punto cualquiera de nuestro viaje.

—Creo que tiene razón el profesor—intervino Doug—. Si hubieran venido de otro planeta los hubiéramos detectado con el radar mucho antes. Esos aparatos han despegado de la superficie de Venus.

—Lo cual viene a indicarnos que los peligros que apuntaba anteriormente el profesor están plenamente fundamentados.

—¡Eso supone la proximidad de una guerra interplanetaria!—exclamó Tomlison, el cual apenas si podía apaciguar a los animales que mostraban su desazón dentro de las jaulas.

—El descubrimiento de la habitabilidad de este planeta tendrá un valor incalculable para la Ciencia—murmuró el profesor—. Estudiaremos la vida...

Richard le interrumpió.

* * *

—Creo que no tendremos ocasión de ello, profesor.

—¿Quieres insinuar que acabarán derribándonos?—intervino Dong’.

—No lo sé. Pero de lo que sí estoy seguro es de que si conseguimos salir de ésta volveremos a la Tierra rápidamente.

—¿Sin echar una ojeada a todas las maravillas que se ocultan tras esta muralla de vapores?—se extrañó el profesor.

—No veo otra salida.

—¡Pero eso es imposible! ¡Jamás se ha presentado a la Ciencia una ocasión semejante!

—No olvide, profesor, que los terrestres ignoran el gran peligro que ios amenaza. Debemos volver a la Tierra y prevenir al Gobierno Mundial de lo que sucede. ¿De qué nos servirá la Ciencia si esos demonios consiguen acabar con nosotros ?

El profesor iba a protestar, pero se dio cuenta de la verdad que encerraban las palabras de Richard.

—¡Qué maravillosa oportunidad vamos a perder!—se lamentó.

—Creo que estamos haciendo planes cuando aún no está claro que podamos salir de este atolladero—intervino Mak, mientras luchaba con los mandos del aparato.

—¿Qué sucede ahora?—preguntó Richard.

—Mira.

Richard miró hacia la parte exterior y pudo observar que algo se había modificado sustancialmente.

Uno de los aparatos atacantes acababa de pasar por encima del «Sagitario Z», pero en esta ocasión no había lanzado contra la astronave su poderoso rayo calórico. En su lugar había sembrado el espacio con una nube de microscópicas partículas y los colores de las masas gaseosas comenzaron a desaparecer.

Los otros dos aparatos realizaron una maniobra semejante y pronto la oscuridad más absoluta rodeó al «Sagitario Z.»

—¿Cómo demonios lo han conseguido?—preguntó el doctor Tomlison.

—No lo comprendo—murmuró Mak entre dientes.

Durante unos segundos reinó un silencio impresionante en el interior de la cabina. El nuevo fenómeno los tenía desconcertados a todos y no sabían qué pensar ni qué hacer.

Fue la voz de Doug la que los sacó de su ensimismamiento.

—¡Eh, Mak, cuidado! ¡Estamos perdiendo altura!

—¡Diablos!—exclamó éste, después de lanzar una ojeada a los instrumentos que tenía delante de sí—. ¡Con estas cosas no me había dado cuenta!

Intentó maniobrar con los mandos para ganar altura pero le fue imposible.

—¡Los motores no funcionan, Richard!—dijo con voz alterada por la emoción.

—¡Ya comprendo!—exclamó el profesor—. Esos condenados han sembrado la atmósfera que nos rodea de partículas que absorben la luz. ¡Por eso no funcionan nuestros motores fotónicos!

—Generaremos nosotros nuestra propia luz impulsora. Voy a encender nuestras lámparas de mercurio, Richard.

—¡No lo hagas, Mak!

—¿Por qué, Richard? Si no lo hago nos estrellaremos contra el suelo.

—Espera un momento. Oye, Doug ¿esos aparatos se han ido?

—No, Richard—contestó el jefe de máquinas—. Los tengo detectados en la pantalla y parece que vuelan en círculo sobre nosotros.

—Me lo temía—susurró Richard.

—¿Quieres explicarte?—preguntó Mak,

—La maniobra está clara. Han visto que no pueden nada contra nosotros porque nuestro campo electromagnético rechaza las ondas de calor.

—¿Y qué deduce de ello?—intervino Lowe.

—Está clara la estrategia de esos seres—afirmó Richard—. Al hacer la oscuridad total a nuestro alrededor sabían que nuestros motores dejarían de funcionar.

—Pero podemos crear nuestro propio «combustible» luminoso—arguyó el profesor.

—Eso es lo que quieren—repuso Richard—. Para encender las lámparas de mercurio necesitamos aprovechar el potencial de nuestro generador de alto voltaje, con lo cual nos vemos obligados a eliminar nuestro campo electromagnético.

—¡Ahora te comprendo!—exclamó Mak.

—¡Esperan que hagamos eso para acabar con nosotros con su maldito rayo calórico!—casi gritó el profesor.

—Usted lo ha dicho, profesor—confirmó Richard.

—¡Malditos condenados!—rezongó Tomlison.

—¿Qué hacemos pues, Richard?—preguntó Mak, el cual no veía salida a la situación.

—Déjame tomar los mandos.

Mak abandonó su asiento y éste fue ocupado por Richard.

—¿Qué pretendes?

—Una solución desesperada. ¿Qué altura tenemos Doug?

—Ciento cincuenta mil metros de la superficie.

—¿Cree que esta atmósfera será tan densa en contacto con la superficie del planeta, profesor?

El profesor Lowe hizo un rápido cálculo mental.

—Por las observaciones de temperatura que he hecho antes, me inclino a creer que no, Richard. Unos diez kilómetros antes de llegar a la superficie debe ser transparente.

—Esa puede ser nuestra salvación—comentó Richard—. Aquí, como hay atmósfera, ya podemos utilizar nuestros timones sin necesidad de emplear las cargas espaciales. Voy a intentar planear.

—¿Entonces aterrizaremos?—preguntó Tomlison, al tiempo que intentaba alisarse sus rojizos cabellos.

—Por el momento no veo otra solución—respondió Richard.

—¿Qué podemos ganar con ello?—preguntó Mak.

—No podemos elegir. Debemos intentar aterrizar sin renunciar a nuestro campo electromagnético. Luego, Dios dirá.

Richard cogió con manos viriles los mandos del aparato y lo hizo deslizarse de costado, mientras adelantaba la palanca que accionaba



los timones.

CAPÍTULO III

El dramático descenso a través de la espesa atmósfera que rodeaba a Venus duró varios minutos.

El silencio en el interior de la astronave sólo era roto por la voz de Doug y Mak que iban leyendo en voz alta las cifras que registraban la altitud en los aparatos que consultaban.

—Ahora estamos a cuarenta y cinco mil metros de la superficie—comunicó Doug.

—Aún no se ve el menor vestigio de que la atmósfera se haga más transparente—comentó Richard.

—¿Piensa continuar bajando?—preguntó el profesor.

—No hay más remedio. Si es preciso, intentaré el aterrizaje a ciegas. No creo que sea demasiado difícil—replicó Richard.

A los cuarenta mil metros comenzó a divisarse una difusa claridad a los pies de los audaces expedicionarios y un suspiro de satisfacción se escapó de sus pechos.

—¡Un poco más, Richard!—exclamó Mak.

El aparato se deslizaba lateralmente y aún tardó algo en alcanzar la difusa línea que separaba las dos zonas de la atmósfera.

—¡Ahí lo tenemos!—dijo el profesor, con voz que la emoción hacía temblorosa.

En efecto, las últimas brumas de pesados vapores habían quedado atrás y la visión se hizo limpia y sin obstáculos.

—¡Somos los primeros hombres que posamos nuestros ojos sobre la superficie de este planeta!—dijo el profesor con entusiasmo.

El hombre de ciencia se había impuesto al ser humano, olvidando por completo el peligro que suponía el que se decidieran a un aterrizaje sobre la superficie de aquel planeta.

—¡Jamás esperé tener un encuentro semejante con Venus!—masculló el doctor Tomlison.

Ante los ojos de los asombrados viajeros del espacio se extendía el inédito paisaje, sumiéndolos en una profunda contemplación.

—No sé a quién se le ocurriría ponerle a este feo planeta el nombre de la diosa de la belleza —dijo Mak.

—Hay muchas cosas que estudiar aquí—dijo ensimismado el profesor.

Richard observaba el panorama que se descubría a sus ojos e intentaba buscar con la mirada un lugar apropiado para el aterrizaje.

Nada de lo que viera en sus correrías por la Tierra tenía

semejanza con el paisaje que descubrían sus ojos.

El lugar parecía ser una inmensa llanura a cuyo fondo se divisaban las formas imprecisas de una cordillera.

La tierra aparecía recubierta por unas extrañas formaciones rocosas, cuya caprichosa forma parecía producto de la mente más calenturienta. La mayor parte de ellas constaban de una columna que se elevaba hasta unos veinte metros sobre el nivel del suelo y cuya parte superior se ramificaba en distintos brazos, los cuales se afilaban hasta terminar en finísima punta.

—Qué extraño terreno, ¿verdad, Richard?

—No me gusta nada, Mak. Ahí va a ser difícil hacer un aterrizaje en debida forma.

—Observen la nitidez del perfil de las cosas —dijo el profesor—. Eso se debe a la gran cantidad de luz que reciben.

Tomlison recordó la explicación que le diera el profesor algunas horas antes. No cabía la menor duda de que aquel planeta recibía mucha más luz que la Tierra.

—Casi se me hace imposible mirar. Tendré que ponerme las gafas contra el sol.

—Creo que es una medida que debemos adoptar todos— respondió el profesor—. Por lo menos hasta que nuestros ojos se hayan acostumbrado a semejante intensidad.

Richard tardó algo más que los otros en calarse sus gafas, pues miraba intensamente en pos de un sitio donde poder aterrizar.

El aparato había descendido y ya no se encontraba más que a unos mi! metros escasos de la superficie.

—Son verdes esas rocas—dijo.

—¿Serán masas de jade?—preguntó Tomlison.

—No creo — respondió el profesor—. En cuanto tenga un trozo entre mis manos podré decirles de qué se trata.

Con un hábil manejo de los mandos del aparato que Richard había inventado, éste lo hacía oscilar en el aire, acortando por momentos la distancia que los separaba de la tierra.

—¡Mira a tu derecha, Richard! — exclamó Mak—. ¡Allí se ve un claro en medio de este mar de rocas verdes!

Richard dirigió su mirada hacia el sitio que le indicaba su camarada y vio que una pequeña superficie, apenas algo más grande que el «Sagitario Z», quedaba libre de aquellas formaciones rocosas mostrando un suelo de dorada arena.

—No es una gran cosa, pero me parece mejor que nada.

—¡Oye, Richard; nuestros motores ya funcionan!—exclamó alborozado Doug.

—De nuevo tenemos la luz a nuestro favor— respondió Mak—. No se me había ocurrido pensar en ello.

—¿Qué piensa hacer?—preguntó el profesor,

—Aterrizaremos de todos modos—contestó Richard—. En cuanto intentemos elevamos volverán a su ataque esos aparatos.

—Ahora puedes emplear el estabilizador—sugirió animadamente Mak.

—Ya lo he pensado. De ese modo aterrizaremos sin ninguna dificultad.

Dueño ya por completo de su aparato, Richard lo dirigió hacia el claro que había descubierto Mak.

Cuando estuvo sobre aquel sitio puso en acción los motores estabilizadores y el «Sagitario Z» quedó suspendido sobre aquella pequeña área de terreno.

—Estás en el punto preciso—informó Mak. —Puedes ir descendiendo.

El aparato comenzó a descender y pocos minutos más tarde se posaba suavemente sobre el suelo arenoso.

—¡Hurra!—gritó entusiasmado el doctor Tomlison—. ¡Lo hemos conseguido! ¡Lo hemos conseguido !

Richard desconectó los motores y el leve temblor de la astronave cesó por completo.

—Continuaremos dentro de nuestro campo electromagnético hasta ver qué es lo que hacen nuestros poco amables anfitriones.

—Ahora se están alejando—informó Doug, el cual no perdía de vista ni un solo segundo la pantalla de radar.

—Lo que deseo es que no vuelvan—rezongó Mak.

—Es posible que vayan a buscar refuerzos— intervino Richard—. Quizá quieran intentar nuestra captura por tierra, ya que no han podido por el aire.

El profesor miraba con atención las caprichosas formaciones rocosas que los rodeaban y parecía encontrarse muy confuso.

—No puedo comprender de qué minerales se trata. Tiene cierto parecido con algunas formaciones calcáreas de la Tierra, pero difieren en cosas muy esenciales.

Durante más de media hora continuaron sin moverse de sus asientos, hasta que Doug les dio una buena noticia.

—Los aparatos enemigos han desaparecido de nuestros alrededores—dijo—. Se han alejado a gran velocidad y luego han descrito una curva que indicaba que estaban aterrizando.

—¿Estás seguro de eso ?

—Completamente, Richard. Han aterrizado a unos doscientos mil kilómetros de aquí. Acabo de hacer los cálculos.

—Desconecta el campo electromagnético— ordenó Richard.

Doug hizo lo que se le había indicado y el zumbido de los generadores dejó de escucharse.

—Supongo que podré hacer una salida, por corta que ésta sea—dijo el profesor.

—De acuerdo. A todos nos sentará bien estirar un poco las piernas—consintió Richard.

—Como fisiólogo de la expedición se lo recomiendo a todos. Es necesario activar un poco la circulación de nuestra sangre. 1

—Prepara los trajes del espacio, Mak—ordenó Richard.

—Creo que no van a ser necesarios—intervino el profesor, el cual estaba consultando algunos instrumentos.

—¿Por qué no?—preguntó Tomlison.

—Es un descubrimiento sensacional—respondió Lowe—. Los primeros cinco kilómetros de esta atmósfera tienen casi una idéntica composición a la de la Tierra.

—¿Y la temperatura?—preguntó Tomlison.

—Tampoco es mala— Nos encontramos en el invierno de Venus y apenas si es de cuarenta grados en la superficie.

—Eso lo puede resistir perfectamente el ser humano—admitió Tomlison.

—Quizá a ras del suelo haya algunos gases venenosos. Será conveniente que soltemos primero alguno de sus ejemplares de simios, doctor. Recuerde a Noé lanzando su paloma después del Diluvio Universal—sonrió el profesor.

Richard pulsó un botón y una de las escotillas comenzó a abrirse.

El doctor Tomlison cogió un mono de unos ochenta centímetros de altura y después de acariciarlo unos segundos lo dejó en el borde del hueco que dejara la puerta de la escotilla al abrirse.

El animal permaneció unos segundos sobre el borde metálico y dirigió sus ojos hacia el extraño paisaje que lo rodeaba.

Primero pareció vacilar unos instantes, pero la alegría de verse libre lo sacudió en un estremecimiento de placer y saltó a tierra.

Correteó unos segundos junto al aparato y no tardó en dirigirse hacia los rebordes rocosos de aquella pequeña zona donde se había posado el «Sagitario Z».

El simio se sentía atraído hacia las piedras de extraña forma, las cuales levantaban en el aire su caprichosa arquitectura.

—Es un espectáculo fascinante—dijo Tomlison—. ¡Parece un bosque que se hubiese convertido en piedra!

—Quizá sean formaciones rocosas erosionadas por los vientos a lo largo de miles y miles de años—dijo Richard.

—Es una hipótesis digna de tener en cuenta —comentó el profesor—. Este planeta, dada su elevada temperatura, debe sufrir el azote de violentas corrientes de aire. Sobre todo durante el cambio de estaciones.

La conversación iba a proseguirse por este terreno cuando una

exclamación de Mak la hizo cambiar de curso.

—¡Eh, miren! ¿Qué diablos está pasando?

El mono que soltara el doctor Tomlison había salvado los pocos metros que separaban al «Sagitario Z» de las extrañas formaciones rocosas y se enredaba en algunas de ellas de escasa altura.

—¿Qué le pasa a ese animal?—preguntó el doctor, sin atreverse a dar crédito a lo que estaba viendo.

—¡Esas piedras se mueven!—exclamó Doug.

En efecto, la zona alcanzada por el simio había recobrado repentinamente una extraña vida y aquellos conglomerados de rocas se agitaban como las ramas de un árbol movidas por el vendaval.

Al principio era tan sólo un movimiento lento, como el ondulante bullir de un nido de serpientes, pero, poco a poco, comenzaron a hacerse éstos algo más acelerados.

Aquello sobresaltó al mono, el cual intentó emprender la retirada intuyendo instintivamente un peligro.

Pero sus reflejos fueron demasiado tardíos para lo que sucedió un segundo más tarde.

Una de aquellas extrañas formaciones arborescentes agitó con viveza en el aire uno de sus pétreos brazos y, con la celeridad del rayo, lo abatió sobre el asustado animal.

En menos tiempo que se tarda en contarlo, varias de aquellas ramas de piedra aprisionaron al simio y éste quedó inmóvil.

Los cinco viajeros del espacio miraban fascinados la escena y el asombro los tenía inmovilizados.

Uno de los brazos de piedra se curvó graciosamente en el aire y fue a hundirse en el cuello del mono, a la altura de una de las arterias.

—¡ Por los clavos de Cristo!—rezongó Richard.

—No consigo comprender nada de lo que está pasando—dijo Doug.

Otros tentáculos de piedra recortaron en el aire su exótico garabato y fueron a incrustarse en la carne del desdichado cuadrumano,

—¡Son como vampiros que le estuvieran chupando la carne!—exclamó Mak.

—¡Ya lo tengo!—gritó el profesor—. ¡Es un bosque acorazado! ¡Esas formaciones rocosas no son tales rocas! ¡Son árboles protegidos por una coraza calcárea!

La explicación del profesor era tan asombrosa como el fenómeno mismo que estaban contemplando.

—Sí, estoy seguro de lo que digo—murmuró el profesor—. ¡Árboles con una coraza calcárea, como nuestros moluscos!

El infeliz habitante de los bosques terrestres fue dejando de debatirse hasta quedar inmóvil por completo. Las extrañas plantas de

apariencia pétrea se dedicaban a su horripilante tarea de succionar la sangre del pobre animal y una extraña mezcla de horror y curiosidad hacía que nuestros amigos tuvieran clavados sus ojos en la escena.

Pasados unos minutos, fue soltado el cadáver del mono y cayó al suelo blandamente.

Las extrañas plantas, que habían alargado sus tentáculos mientras duró su siniestra tarea, se recogieron sobre sí mismas y quedaron inmóviles, devolviendo a la escena su primera apariencia.

Pero había algo que se desencadenaba lentamente y ponía un nuevo tinte dramático a la situación.

Los extraños y gigantescos árboles que estaban próximos al lugar donde se había producido ia silenciosa tragedia comenzaron a agitar sus copas en un lento vaivén, tan fascinante como las ondulaciones de unas serpientes bajo la flauta mágica del encantador.

Aquel bosque de piedra comenzaba a cobrar vida y las duras ramas agitaban el aire, produciendo un sobrecogedor murmullo.

De pronto, una de aquellas grandes ramas se detuvo en el aire un instante y comenzó a descender sobre el «Sagitario Z».

—¡Se dirige hacia nosotros!—exclamó Mak.

Richard no perdió ni una décima de segundo. Con gesto seguro pulsó un resorte y la escotilla de salida quedó cerrada instantáneamente.

La maniobra fue muy oportuna, pues el movimiento de la rama se había acelerado y la punta de la misma chocó con violencia contra la puerta que acababa de cerrarse.

El golpe arrancó un sonido metálico a la estructura del «Sagitario Z» y la onda sonora repercutió por toda la cabina.

—Se diría que nos buscaba a nosotros—comentó Richard.

El extremo de aquella rama quedó conectado a la superficie exterior del aparato como si fuera el brazo de un poderoso pulpo que se sujetara con sus fuertes ventosas.

—Marchémonos de este endiablado lugar— sugirió Mak con voz enronquecida por la emoción.

Antes quisiera tomar unas fotografías de esos extraños árboles— dijo el profesor, al tiempo que se disponía a montar su máquina.

Pero los acontecimientos se precipitaron de tal modo que vinieron a llenar de turbación el ánimo de nuestros amigos.

Otros árboles comenzaron a largar sus poderosas ramas, fijándolas con invencible fuerza a la estructura del «Sagitario Z».

—¡Esto es una ofensiva general!—gruñó Richard—. Lo siento, profesor, pero me veo obligado a levantar el vuelo.

—Vámonos cuanto antes de aquí—intervino Mak—. La situación me resulta insoportable.

—Voy a despegar—concluyó Richard.

Con gesto decidido aprisionó los mandos entre sus poderosas manos y puso los motores en marcha.

Pasaron unos segundos y la astronave no consiguió moverse del sitio.

—¿Qué sucede, Richard?

—El aparato no puede levantar el vuelo, Mak.

Todos los que ocupaban la cabina se miraron en silencio y mostraron en sus ojos la preocupación que se iba apoderando de sus almas.

—¿Por qué no pruebas con las cargas auxiliares de dirección?—intervino Doug.

—Voy a intentarlo, pero no estoy muy seguro de que consigamos gran cosa.

Richard bajó una pequeña palanca, de una serie de treinta y dos que tenía a su izquierda y los cohetes que llevaba el «Sagitario Z» en su parte inferior entraron en ignición, envolviendo al aparato en una espesa nube de humo.

—¿Lo conseguimos?—preguntó el profesor.

—No—respondió brevemente Richard—. Esos endemoniados árboles de piedra nos tienen sujetos al suelo con fuertes amarras. Si estuviésemos lanzados no habrían significado un serio obstáculo, pero despegar así es imposible.

Richard intentó dos” veces más el despegue y, finalmente, se dio por vencido.

—No lo conseguiremos—comunicó con sencillez a sus compañeros.

Cuando el humo que envolvía al «Sagitario Z» se disipó, pudieron observar que infinidad de ramas se habían conectado poderosamente a su estructura hasta casi cubrirlo por completo, convirtiendo a la astronave en una perfecta ratonera.

CAPÍTULO IV

Las horas fueron pasando angustiosamente sin que la situación se modificara ostensiblemente.

Richard intentó en varias ocasiones escapar de aquella trampa, pero todo fue inútil.

—Nuestras cargas auxiliares están calculadas para actuar en el vacío—dijo finalmente—. Donde no hay atmósfera basta con un pequeño impulso para que nuestra astronave cambie de dirección, pero aquí, bajo el peso de esta masa gaseosa, nuestras cargas auxiliares resultan impotentes.

—¿Por qué no utilizamos los motores fotónicos?—preguntó el profesor.

—Por una razón muy sencilla—repuso Doug, que no dejaba de observar la pantalla de radar—. Porque desde hace dos horas tenemos nuevamente sobre nuestras cabezas a esos malditos aparatos.

—¿Quiere decir que si intentamos remontarnos de nuevo volverán a cubrimos con esas malditas nubes que absorben la luz?

—Es lo más probable—respondió Richard—. Con la luz del Sol que tenemos ahora podríamos poner nuestros motores en marcha, sin eliminar nuestro campo electromagnético, pero, ¿ qué pasará en cuanto volvamos a vernos envueltos por una de esas nubes de las que ya tenemos tan amarga experiencia ?

—Nos veríamos obligados a planear e intentar otra vez un aterrizaje forzoso—dijo Mak—. Y en esta ocasión podríamos estropear nuestro «Sagitario Z.»

—¡Eso, no!—se apresuró a exclamar Tom- lison—. Es nuestra única posibilidad de largarnos de este condenado planeta.

—Ese es el motivo por el cual no lo intentamos—respondió Richard—. Esperemos a ver si estas asombrosas plantas deciden abandonar su presa y entonces lo intentaremos. Aprovecharemos la luz del Sol para poner en marcha nuestros motores y mantendremos con nuestros generadores el campo electromagnético, para evitar ser destruidos por los aparatos enemigos.

—Entonces será una simple carrera — dijo Mak—. Si la velocidad de nuestro aparato es mayor que la de los enemigos, intentaremos zafarnos de su persecución y de esas malditas nubes que absorben la luz.

Un largo silencio se hizo después de estas últimas palabras, poniendo a prueba los nervios de todos.

Fue el profesor el primero en romperlo.

—He podido estudiar detenidamente esos extraños árboles y nada resulta más asombroso. Es un ejemplo típico de la adaptación de las especies al medio en que viven. Su corteza no es leñosa como en los árboles terrestres, sino calcárea, como en algunas especies marinas. Tampoco es toda de una pieza, sino que está articulada en pequeñas escamas, que forman un todo compacto en cuanto el árbol se repliega sobre sí mismo, como vimos en los de menor tamaño que atacaron y aniquilaron al desdichado mono. La parte interior se ve que es elástica.

—¿Y a qué obedece tan extraña contextura? —preguntó Mak.

—Creo que hay que buscar la explicación en las condiciones climatológicas de este planeta. La temperatura alcanzará durante el verano alrededor de los cien grados. Las plantas se defienden con esa coraza contra semejantes temperaturas. Con su caparazón impiden que el sol las queme y les sirve, al mismo tiempo, para evitar que se les evapore la poca agua que absorberán de la tierra.

—¿Y por qué cree que las ramas de esos árboles se han abatido sobre nosotros?—preguntó Richard.

—Es sencillo—repuso el profesor—. La clava me la ha dado lo que le ha sucedido al mono.

—No comprendo...—insinuó Tomlison, sacudiendo su roja cabellera.

—La explicación es ésta: la mayor parte de nuestra sangre es agua. ¿Usted recuerda los girasoles terrestres, doctor Tomlison ? Son plantas que giran durante el día, siguiendo la marcha del Sol. Un misterioso mecanismo las mueve en busca de la luz.

—'¿Quiere decir que, de igual manera, estos árboles disponen de un mecanismo que los guía hacia donde hay agua?—preguntó Mak.

—Creo que eso es lo que sucede—asintió el profesor.

—La explicación es muy inteligente—sonrió Richard—. Lo malo del asunto es que no nos sirve para salir del atolladero en que estamos metidos.

Aquellas palabras cortaron el creciente entusiasmo del profesor y volvieron a sumirse en la silenciosa espera.

La luz que iluminaba aquella parte del planeta era intensísima y el Sol se mostraba en el horizonte como un disco de unos dos metros de diámetro.

Paulatinamente se fue hundiendo en el horizonte y el crepúsculo inundó el aire con vivos colores.

—Tenía razón De Vico—musitó el profesor, viendo el imponente espectáculo.

—¿De quién habla?—preguntó Mak.

—Acabo de hacer un descubrimiento de trascendental

importancia — respondió el profesor.

—Algo es algo—respondió Mak seriamente.

—¿Cuál es ese descubrimiento?

El profesor tomó un inconsciente tono doctoral y comenzó:

—Durante muchos años ha sido un problema saber cuál era el ciclo de los días y las noches de Venus. La espesa capa atmosférica que lo envuelve impedía de todo punto apreciarlo. Schiaparelli, el mismo que descubrió los famosos «canales» de Marte, consideraba que el «día» duraba unos ciento doce días y medio y otro tanto duraba la noche. De Vico, en cambio, creía que el ciclo de rotación de Venus era de veintitrés horas, veintiún minutos y veintidós segundos, tiempo en el que transcurría un día completo, es decir: el día y la noche.

—¿Y es este último el que tiene razón?—preguntó Tomlison sin gran entusiasmo.

—Ciertamente — respondió el profesor —. Ahora estamos comenzando la noche. De seguir el calendario de Schiaparelli, aún debían quedar noventa y cuatro días de luz.

La conversación sobre el tema duró algunos minutos aunque todos, excepción hecha del profesor no ponían demasiado entusiasmo en ella, preocupados por lo que les sucedía.

Al ocaso multicolor del Sol sucedió la impenetrable noche.

—Creo que debemos intentar conciliar un sueño—dijo Richard—. Nuestra situación es estacionaria y nada ganaremos malgastando nuestras fuerzas.

—Me parece bien la idea—asintió Tomlison —pero no sin que antes comamos un poco.

Mak inició una protesta, pero Tomlison le cortó la palabra.

—Con apetito o sin él, hay que comer. Como fisiólogo de la expedición lo considero indispensable.

—Tiene razón, doctor—intervino Richard—. Debemos estar en forma para arrostrar cualquier contingencia que pueda presentársenos. ¡Animaos, muchachos! — sonrió —. Nuestras fuerzas han de estar intactas para cuando llegue nuestra oportunidad.

Comieron en silencio, se acomodaron en sus butacas extensibles y no tardaron en conciliar el sueño.

Sería alrededor de la medianoche cuando Richard fue despertado por una leve sacudida en su hombro.

—¡Despierta, Richard! ¡ Despierta !

—¿Qué sucede, Mak? — preguntó Richard sobresaltado.

—Oye.

Richard aguzó el oído y no escuchó otra cosa que las voces enmarañadas de sus compañeros, que empezaban a despertarse por el ruido que hacían los dos hombres.

—¿Sucede algo?—preguntó Tomlison, incorporándose e

intentando alisar sus cabellos con la mano.

—Guarden un poco de silencio, por favor—suplicó Mak.

Todos obedecieron y prestaron atención.

Un suave silbido sonó en el interior de la cabina y una voz que parecía salir de la izquierda se dejó oír.

—¡Es el altavoz de la radio-radar!—exclamó Doug.

—Silencio—ordenó Richard.

La voz decía en aquellos momentos:

—«Rendíos, terrestres. Estáis cercados y no tenéis escapatoria posible. Lo que no pueden nuestros rayos calóricos lo conseguirán otras armas que en este momento os están apuntando. Rendios. Tenéis diez minutos para decidiros.»

Los terrestres se miraron durante unos segundos y el altavoz volvió a transmitir el mensaje.

—Dice que estamos rodeados—subrayó Mak. —¿Cómo puede ser eso?

—Da el paso de luz a los reflectores exteriores, Doug—ordenó Richard.

El jefe de máquinas hizo lo que se le ordenaba y las tinieblas de la noche fueron despejadas por los reflectores conectados en serie.

—Ya no nos sujetan las ramas de esos malditos árboles—rezongó Mak.

Richard miró con atención hacia el exterior y se percató detalladamente de la situación.

Una fina lluvia caía sobre el bosque de árboles acorazados y éstos elevaban al aire sus pétreas ramas, totalmente distendidas, absorbiendo ávidamente la lluvia por los huecos que dejaban las escamas calcáreas.

—Ahora ya tienen agua—comentó el profesor—, Ello ha hecho que abandonen su presa.

Un cerrado círculo de seres de piel cobriza llevando en sus manos unos extraños aparatos rodeaban al «Sagitario Z».

—¡Es el mismo color de piel que el de Karima y el de algunos de los obreros que trabajaban en nuestra base de North Platte!—exclamó Richard.

—Ahora empiezan a aclararse las cosas—repuso Mak—. ¡Karima y aquellos hombres son un comando de Venus que actúa en nuestro planeta!

La evidencia de las palabras de su amigo sumieron a Richard en una vorágine de encontrados sentimientos.

¡Karima, la más hermosa mujer que había conocido en su vida, era una habitante de aquel planeta que tan hostil se mostraba con ellos!

Como una cinta mágica pasaron por su mente los más emotivos

momentos que había vivido junto a aquella criatura de tan extraordinaria belleza. La lucha junto al río, por rescatarla de sus criminales agresores; la terrible huida en medio del infierno provocado por los colaboradores de Karima; la partida de la Tierra, cuando ella parecía buscar su protección y ayuda...

Un cúmulo de sensaciones atenazaba su corazón ante aquellos recuerdos y permanecía mirando, con vacía mirada y los músculos tensos, al grupo de hombres que rodeaban al «Sagitario Z».

Insensiblemente, su corazón se había ido inclinando hacia la muchacha y ahora se encontraba con la sorpresa de que formaba parte de aquel pueblo de hombres despiadados.

La voz del profesor Lowe lo sacó de su abstracción.

—¿Qué hacemos, Richard?

Nuestro héroe recobró el dominio de sus nervios y miró serenamente al rostro preocupado de sus amigos.

—No es una decisión que deba tomar yo sólo —dijo—. La amenaza gravita sobre todos y a todos nos corresponde decidir.

—Ordena y te obedeceremos ciegamente—dijo Doug.

—Sí — intervino Tomlison—. Usted es un hombre de acción y confiamos plenamente en su decisión.

Richard quedó pensativo unos instantes y luego habló con voz reconcentrada.

—Me gustaría saber si son capaces de cumplir sus amenazas.

—Ten la seguridad de ello, Richard—repuso Mak—. Ya viste cómo intentaron derribamos sin el menor aviso.

—Me parecen gente decidida a todo—agregó el doctor.

—¿Pero será cierto que sus armas pueden destruimos?—replicó Richard—. ¿Si es así, por qué no lo han hecho antes ?

—Quizá no disponían de lo que les convenía— intervino Mak—. Los aviones que nos atacaron primero debieron ir a dar la alarma y fuerzas de tierra han salido para capturarnos.

Richard meditó durante unos momentos. Aquel pueblo parecía estar lo bastante adelantado como para disponer de otras armas capaces de acabar con ellos o cuanto menos de inutilizar el «Sagitario Z». A su mente acudieron las palabras del doctor Tomlison: «... es la única posibilidad que tenemos de largarnos de este condenado planeta».

—«Os quedan tres minutos. Después abriremos fuego contra vosotros»—dijo el misterioso comunicante por el altavoz.

—¿Usted qué cree, profesor?—preguntó Richard—. Nuestro campo electromagnético ¿podría rechazar cualquier tipo de ataque?

—No, Richard. Rechazará cualquier tipo de ataque que se haga por medio de ondas, sean éstas de la clase que sean, pero no lo hará si nos atacan con otro tipo de armas, por ejemplo, con un proyectil por

impulsión sencilla.

Mak miró a su alrededor y cogiendo una pesada banqueta metálica la enarboló con fiereza.

—Vamos a luchar, Richard—dijo con aire decidido.

Doug y Tomlison se disponían a pertrecharse de igual manera pero la voz de Richard los detuvo.

—Es inútil. Acabarían con nosotros en un par de segundos.

—¿Entonces, qué piensas que hagamos ?—preguntó Mak, cuya mirada fulguraba por la inminencia de la acción.

—No podemos hacer otra cosa que entregarnos.

—¿No vamos a luchar?

Richard miró a su amigo y sentenció lentamente:

—Lucharemos, sí, pero no con esas armas. Nuestras únicas posibilidades están en la inteligencia y no en la fuerza. Por el momento les dejaremos creer que estamos totalmente derrotados. Quizá encontremos una oportunidad más tarde.

Mak vaciló durante unos segundos pero acabó por comprender las palabras de su amigo.

—Tal vez no se nos presente esa posibilidad —arguyó débilmente.

—Yo opino como Richard—intervino el profesor—. Quizá luego no se nos presente esa posibilidad, pero ahora no tenemos ninguna.

—Yo opino igualmente—terció Tomlison—. Debemos afrontar la situación tal como se presenta.

—Me rindo—sonrió Mak—. Lo más probable es que acabarán con nosotros en un abrir y cerrar de ojos.

—«Un minuto»—volvió a escucharse por el altavoz de la radio-radar.

Richard no vaciló más. Se dirigió al puesto de mando de la astronave y pulsó un botón.

La escotilla comenzó a abrirse lentamente.

De afuera llegó un murmullo y algunas voces parecieron dar algunas órdenes en una extraña lengua.

Cuantos rodeaban al «Sagitario Z» levantaron los extraños artefactos que llevaban en las manos y apuntaron hacia aquella salida.

—Toman sus precauciones por si les presentamos combate—rezongó Mak y soltó por lo bajo algunas maldiciones.

—Vamos—ordenó Richard brevemente.

Se dirigió a la abierta escotilla y miró a los hombres que tenía a sus pies, mientras notaba que una finísima lluvia le azotaba el rostro.

Una escalera articulada había ido prolongándose desde un costado de la astronave hasta tocar el suelo.

Ya se disponía a descender por aquella escalera, cuando el profesor lo apartó a un lado, al tiempo que le decía:

—Primero yo, querido Richard. Como representante científico de la primera expedición terrestre al planeta Venus estoy en la obligación de hacer un pequeño discurso.

—Pero profesor…

—Es lo correcto, querido Richard, es lo correcto.

Atravesó la escotilla y se plantó en el primer escalón de la escalerilla metálica.

—Habitantes de Venus—dijo—. En vista de vuestra cariñosa acogida os digo, como representante de la Tierra, que sois unos verdaderos mentecatos. Espero que futuras generaciones nazcan con algo más de sentido común del que tenéis vosotros. Espero que entonces podrán entenderse a maravilla nuestros dos pueblos. He dicho.

—¡Bravo! ¡Bravo!—aplaudió Tomlison—. ¡Es una pieza magistral! ¡Bravo!

—Nunca creí que el profesor tuviera tan maravillosas dotes oratorias—gruñó admirado Mak.

Richard sonrió al escuchar tan sorprendente discurso y reconoció en su fuero interno que valor no le faltaba al sabio profesor.

Lowe descendió las escalerillas con aire de gran dignidad y dos de aquellos hombres hostiles lo sujetaron por los brazos.

Richard comenzó a descender y junto a él lo hizo Mak.

Cuando alguien intentó poner su mano sobre el piloto del «Sagitario Z», éste se volvió y consiguió derribarlo de un furioso puñetazo a la mandíbula.

Durante unos segundos estuvo en guardia, con la cabeza baja y los puños cerrados, esperando la acometida de los demás; pero sucedió algo completamente inesperado.

Un objeto de forma imprecisa fue lanzado al aire y vino a caer sobre el valiente Mak, al tiempo que el haz de luz amoratada de una linterna se posaba sobre su cuerpo.

Al estupor del primer momento sucedió una colérica maldición de Mak.

El extraño objeto era una finísima red de acero que se adaptaba al cuerpo del piloto como si estuviera hecha con una materia pegajosa.

Mak se debatía furioso, pero era impotente para quitarse de encima aquella red que lo aprisionaba, impidiéndole moverse con facilidad.

—¡Condenados demonios!—bramaba el desesperado Mak—. ¡Quitadme esto de encima y venid a pelear como hombres! ¡Sois todos una partida de ratas mojadas! ¡Quitadme esto de encima y veréis cómo pelea un hombre!

Pero sus provocaciones no causaron el menor efecto sobre sus aprehensores.

Por fin dejó de forcejear y se conformó, entre maldiciones, con su suerte.

Aunque la escena era dramática tenía su lado cómico y Richard no pudo evitar una sonrisa.

—Nunca creía que te cazarían como a una mosca—le dijo para serenar el ánimo de su compañero.

—¡Que el diablo los lleve!—exclamó Mak—. Esto parece como si estuviera hecho con goma de mascar.

Varios hombres se aproximaron al resto de los navegantes del espacio y les pusieron encima una red similar a la que aprisionaba a Mak.

Richard pudo observar que estaba hecha con finísima malla de acero y apenas si pesaría unos quinientos gramos. Cuando la pusieron sobre su cabeza y sus hombros no se sintió nada embarazado, pero apenas la luz morada de una de aquellas linternas cayó sobre él, sintió que la red se pegaba a su cuerpo como una funda y sus movimientos se hacían difíciles.

Entonces comprendió la furia de Mak, pues la presión de aquella red sobre su cuerpo le irritaba.

El procedimiento no podía ser más ingenioso. De aquella manera podían andar pero de ningún modo correr o utilizar sus miembros con fines agresivos.

Un individuo se destacó del grupo y miró a la cara a los prisioneros.

Richard no pudo evitar una exclamación de sorpresa.

—¿Otra vez tú?

El hombre lo miró durante un segundo y lanzó una carcajada.

—Esta vez no será tan fácil que te escapes. Las armas de aquí las sé manejar mucho mejor que vuestras anticuadas pistolas.

Jabug, pues no era otro aquel individuo, volvió a reírse y escupió al rostro de Richard.

—¡Canalla!—exclamó Tomlison al ver tan repugnante acto.

Richard no dijo nada y miró con ojos serenos a su verdugo.

—Espero que os encontréis a gusto dentro de esas redes magnéticas. ¿No os parece mejor que el rudo procedimiento terrestre de atar a los prisioneros?

Luego se volvió hacia sus hombres y les dio una orden en su extraña lengua.

La comitiva se puso a caminar bajo la finísima lluvia por los vericuetos de aquel fantástico bosque de berroqueñas cortezas.

El camino era iluminado por algunos hombres que esgrimían poderosas linternas de blanquísima luz y Richard y los demás prisioneros pudieron contemplar el más fantástico de los espectáculos.

Un grupo de diez hombres iba delante de la comitiva montado en

un extraño y poderoso vehículo. De un gran depósito central surgían varios tubos que apuntaban al cielo y por los que se escapaban poderosos surtidores de agua pulverizada, que ascendía a gran altura y luego caía lentamente sobre los extraños árboles que rodeaban a la comitiva.

Ei bosque pétreo desperezaba sus ramas súbitamente, las cuales se estiraban hacia las alturas en un desesperado y anhelante movimiento por alcanzar cuanto antes el líquido vital.

De tal modo se iba produciendo una fantástica marea al paso de la comitiva y el viento se agitaba produciendo un siniestro murmullo.

—Es una sencilla e ingeniosa manera de anular el peligro de este asqueroso bosque chupador de sangre—murmuró el profesor.

Pero Richard no le escuchaba. Su pensamiento estaba absorbido por Karima. La presencia de Jabug entre sus aprehensores no hacía presagiar nada bueno para la hermosa, muchacha.

CAPÍTULO V

Durante más de dos horas continuaron su marcha a través del fantástico bosque de piedra.

Más tarde llegaron al límite del mismo y vieron varios aviones de audacísimo diseño posados en el suelo.

Los prisioneros, con Jabug, montaron en uno de ellos. El resto de aquella tropa montó en los otros tres que quedaban.

Richard y sus amigos se miraban en silencio y una angustiosa pregunta se reflejaba en sus ojos: ¿qué iba a ser de ellos?

Jabug también callaba, pero en sus ojos malignos se mostraba la satisfacción que sentía al contemplar a los indefensos terrestres.

El profesor Lowe no había perdido su curiosidad científica, a pesar de la difícil situación que atravesaban, y sus ojos escrutaban la oscuridad, intentando tener una visión concreta de la superficie de aquel planeta.

Aunque la oscuridad era grande, le pareció observar que el suelo era arenoso, como el de los desiertos de la Tierra.

Aquellos aviones eran velocísimos y no tardaron en cubrir un largo trayecto.

—¡Eh, Richard, mire!—llamó la atención de nuestro amigo la voz del profesor—. Dirija sus ojos hacia el suelo.

Nuestro amigo obedeció la indicación y sus ojos se llenaron de asombro.

En medio de la oscuridad de la noche pudo distinguir en el suelo un punto luminoso que se fue agrandando conforme el avión descendía.

—Debe ser el apacible hogar de nuestros amables anfitriones—comentó sarcásticamente Mak.

Aquel punto se fue precisando y nuestros amigos pudieron ver que se trataba de una inmensa cúpula de materia transparente, bajo la cual se divisaba el conjunto de una geométrica ciudad.

—No creo que tengamos que preocuparnos mucho por encontrar un hotel confortable en esa ciudad—sonrió valerosamente el doctor Tomlison.

—La agencia de viajes, por la cual hacemos esta grata excursión, debe tenerlo todo previsto—respondió Richard.

El aparato había ido perdiendo altura y estaba detenido a pocos metros de la superficie de Lv asombrosa cúpula, cuya altura sería de unos doscientos metros por unos seiscientos de radio. Toda ella

parecía estar hecha de una sola pieza.

—Eso debe estar pensado para proteger a la ciudad de los duros rayos solares del verano de Venus. No cabe duda de que estos hombres han progresado mucho más en el orden material que en el moral.

—¿Cerrad el pico!—bramó Jabug, a quien molestaba el tono desenfadado de nuestros amigos.

El aparato en el que iban los prisioneros lanzó un poderoso haz de luz amarilla sobre una sección de la cúpula y ésta comenzó a abrirse, dejando paso libre a los aeronautas.

Por aquel agujero se metieron todos los aviones y la cúpula volvió a cerrarse.

Un minuto más tarde aterrizaban verticalmente en un extremo de aquella asombrosa ciudad y Jabug los incitaba con duras palabras a descender al suelo.

—¡Daos prisa, estúpidos! Ahora voy a presentaros a alguien que tendrá sumo gusto en verlos.

Y diciendo estas palabras empujaba a nuestros amigos, los cuales se veían dificultados en sus movimientos por la fina red de acero que los envolvía.

Los hombres que los iluminaban con la extraña luz morada de sus linternas no habían dejado ni un sólo segundo de apuntarles con las mismas y permanecían detrás de ellos, a pocos pasos de distancia.

Una especie de automóvil vino al encuentro del grupo y los prisioneros fueron metidos en su interior, siempre bajo el haz de luz de las linternas.

Poco después iniciaban la partida, recorriendo las calles de la pequeña ciudad.

Richard no dejaba de observar a través de las ventanillas y comprobó un hecho extraño: todos los seres que desfilaban ante sus ojos iban vestidos de igual manera.

—Me parece que nos encontramos en una ciudad militar, Mak—dijo a su compañero que se sentaba a su lado.

—Ya me he dado cuenta de que todos los hombres parecen ir uniformados—respondió Mak—. Llevan la misma ropa que nuestros aprehensores.

Los vehículos se pararon ante un edificio circular y de una sola planta, a cuya puerta habían varios individuos en actitud de montar la guardia.

Jabug les ordenó bajar y fueron introducidos en el interior del edificio.

Atravesaron varias habitaciones y llegaron a una más espaciosa, iluminada por procedimientos indirectos.

En el centro había una gran mesa redonda y las curvas paredes eran de una especie de cristal translúcido.

Un hombre, acompañado de otros cuatro, todos de pie alrededor de la mesa, miraba hacia el centro de la misma.

Al oir entrar a los recién venidos levantó la cabeza y se dirigió hacia el grupo con brillo de satisfacción en la mirada.

Dirigió a Jabug unas palabras en un desconocido idioma y éste sonrió satisfecho, al tiempo que inclinaba la cabeza servilmente. Luego habló en un inglés bastante aceptable.

—Podéis creer, terrestres, que os considero bienvenidos. Vuestra presencia en nuestro planeta no puedo ser más oportuna.

La dura expresión de su sonrisa y la frialdad de su mirada indicaban claramente hasta qué punto eran falaces aquellas palabras.

—Como representante de un mundo civilizado—dijo el profesor —, protesto por el trato que se nos ha dado hasta ahora.

—He de reconocer que hemos transgredido nuestras normas— sonrió el hombre.

—¿Quiere decir con ello que va a cesar esta indigna situación?— preguntó Richard, no sin poner un tono de duda en sus palabras.

—Quiero decir simplemente lo que he dicho —contestó su interlocutor—. Nuestras normas consisten en borrar del mundo de los vivos a los que osen poner sus pies sobre nuestro planeta—concluyó.

—Nosotros no pretendemos hacer daño a nadie—repuso Richard —. Nuestra expedición tiene un carácter puramente científico. Prueba de ello es que nuestro aparato no lleva armas. Hemos venido, pues, en son de paz.

—No me parecen mal vuestros planes—respondió el hombre—, pero son muy distintos a los nuestros. Vosotros queréis la paz, pero nosotros queremos la guerra. ¿Me oís? No pasará mucho tiempo antes de que ocupemos vuestro planeta. Tácticamente ya estamos en guerra con vosotros, por lo tanto sois nuestros prisioneros de guerra.

Las últimas palabras ampliaron su fría sonrisa y Richard tuvo ocasión de observar bien a aquel individuo.

Tendría unos cincuenta años y era fuerte y musculoso. Su piel tenía un extraño color cobrizo y su cabello era negro. En este aspecto en nada se diferenciaba de los demás seres que habían observado en aquel planeta. Eran del mismo color de la piel y del cabello que tenía Karima.

—Creo que sería inútil que tratara de convencerte—dijo con desprecio Richard—. Adivino en tu rostro la perversidad de tu corazón. Puedes hacer de nosotros lo que quieras.

Un relámpago de ira pasó por los ojos de aquel hombre, pero consiguió dominarse.

—Ahora os necesito. Ya llegará el momento de que os dé vuestro merecido.

Luego se volvió hacia Jabug y continuó hablándole en inglés.

—¿Cuántos hombres de nuestro ejército han ido contigo a aprisionar a los terrestres, Jabug?

—Cincuenta,

—¿Estás seguro de que nadie os ha visto?

—Absolutamente, Gowka.

—Coge a esos cincuenta hombres y enciérralos ¿entendido? Hemos de evitar a toda costa que Karm se entere de esto. ¡Quiero darle una buena sorpresa el día que se reúna el Gran Consejo de las Leyes!

—¿Cuándo será eso?—preguntó Jabug.

—Dentro de doce días. Cuida hasta entonces que no se te escapen los prisioneros, pues son nuestra mejor arma contra Karm. Has sido muy astuto, Jabug, y no te olvidaré cuando consiga derribar a Karm. Fue una gran idea traerte a Karima en vez de matarla, como bien se ha merecido. El Gran Consejo de las Leyes no nos podrá acusar de haber falseado nada. ¡Ahí tenemos las pruebas!

Al decir estas últimas palabras señaló con el brazo extendido a los prisioneros y un aire de triunfo iluminó su rostro.

Richard no comprendía lo que querían decir aquellas palabras, pero se sintió angustiado por Karima, a quien aquel poderoso hombre creía digna de la muerte.

—Enciérralos y los haremos intervenir en el momento preciso.

—Se hará como ordenas.

Jabug hizo una seña a los guardianes y éstos empujaron a nuestros amigos para obligarlos a ponerse en marcha.

—¡Rata asquerosa!—escupió Mak al rostro del desconocido.

—¡Nos veremos algún día!—gruñó Doug.

De nuevo salieron a la calle y no tardaron en ser conducidos a su prisión, consistente en pequeños receptáculos de grueso cristal que, a manera de isbas en un poblado esquimal, se levantaban sobre la lisa superficie de un terreno amurallado.

Cada uno de ellos fue encerrado en un lugar semejante y, aunque podían verse, sus voces no podían atravesar el grueso muro de cristal para comunicarse.

Aprisionados en aquellas burbujas de vidrio apenas si podían moverse y toda la comodidad se reducía a estar sentados, pues ni siquiera había suficiente espacio para acostarse.

Varios centinelas de vista, rodeaban a los prisioneros y un haz poderoso de luz caía sobre ellos, haciendo que sus guardianes no perdiesen ni el menor de sus movimientos.

Por fortuna, les habían quitado las finas redes de acero y podían moverse con mayor facilidad.

CAPÍTULO VI

Kuma, la capital de los pueblos de Venus hervía de gente doce días más tarde.

Se reunía el Gran Consejo de la Ley y aquel era uno de los acontecimientos más importantes de la vida de aquellos pueblos.

El Gran Consejo de la Ley era una especie de Tribunal Supremo, que sólo se reunía para decidir asuntos de importancia vital para el planeta. Este tribunal era el que entendía en cuestiones de sucesión y el único que podía deponer al jefe supremo.

En esta ocasión había sido convocado a instancias de Gowka, quien, como Jefe de Estado Mayor, tenía derecho a solicitar tal reunión.

Gentes venidas de todas partes, soldados de brillantes uniformes, expertos en la ley, pululaban por la ciudad en espera de que llegara el momento de la sesión pública del Gran Consejo.

Gowka se había presentado en la ciudad acompañado por fuertes contingentes de sus tropas y la guardia persona! de Karm se mostraba alerta ante tan insólita presencia.

Había en el aire cierto hálito de peligro y las gentes caminaban de un sitio a otro, llevando en sus ademanes una mezcla de temor y curiosidad.

Sólo unos pocos, los que componían el Gran Consejo de la Ley, sabían lo que pasaba y se mostraban preocupados y taciturnos.

Gowka había acusado en ia sesión previa, a Karm de traidor.

El problema era gravísimo y Gowka tendría que presentar pruebas en la sesión pública de la tarde, so pena de ser sometido a un consejo de guerra si no demostraba la acusación que había hecho al jefe supremo del país.

Richard y sus amigos habían sido trasladados en las primeras horas de la mañana a la ciudad de Kuma y estaban bajo !a vigilancia de los soldados de Gowka.

Ni Richard ni ninguno de sus amigos tenían la menor idea de lo que se tramaba y no podían comprender para qué habían sido trasladados allí.

A las cuatro de la tarde se presentó Jabug y dio orden de que se pusieran en marcha.

Les fueron puestas las redes de acero y, fuertemente vigilados, comenzaron a caminar por las calles de la ciudad, bajo la mirada curiosa de los transeúntes.

—¡Cualquiera diría que nos llevan a una feria de ganado!—rezongó Mak.

—Ten la seguridad de que no pagarán mucho precio por nosotros —sonrió Richard.

—Estos tipos son de la peor calaña que he conocido en mi vida— intervino Doug—. Los considero un verdadero peligro para la humanidad.

—Yo oíste a su jefe—repuso Richard—. Se consideran en guerra con la Tierra y estoy seguro que iniciarán el asalto en cuanto se encuentren en condiciones de hacerlo.

—Sus armas son temibles—respondió Mak—. Esos rayos calóricos pueden acabar con la Tierra en muy poco tiempo.

—¿Por qué no habrán atacado ya—se preguntó el profesor—, si disponen de semejante arma? Hasta ahora se han limitado a barrer nuestros mares con esos malditos rayos y nada más.

—La razón hay que buscarla en los aparatos de que disponen— contestó Richard—. En los dos viajes que hemos hecho en ellos he podido observar que no son nada del otro mundo

Nuestro «Sagitario Z» es infinitamente superior.

—Quizá estén construyendo la flota interplanetaria para la invasión.

Cuanto decían nuestros amigos eran simples suposiciones, pero se acercaban mucho a la realidad.

Después de un buen rato de marcha desembocaron en una grandísima plaza, en medio de la cual se levantaba una plataforma circular, de unos tres metros de altura y unos cincuenta de diámetro, toda ella constituida en aquel material que tanto se parecía al cristal.

Sobre la plataforma, sentados en semicírculo, se podía ver a sesenta hombres, revestidos con unas túnicas de color rojo y presididos por un anciano de imponente figura, el cual cubría sus miembros con una túnica amarilla en cuya pechera se veía primorosamente bordada en rojo la imagen del sol.

Jabug los condujo hacia una parte de la plataforma y no tardaron en verse encima de la misma.

Richard vio a la primera ojeada que Gowka estaba de pie frente a los sesenta jueces y hablaba con voz enérgica.

Cuando el hombre vio llegar a los prisioneros se detuvo un instante en su discurso, hizo una seña a un grupo de hombres que estaban en un extremo manejando un determinado aparato y Richard y los suyos oyeron, con asombro, cómo las palabras que decía el Jefe del Estado Mayor eran traducidas automáticamente por aquella desconocida máquina.

La voz de Gowka sonaba clara pero tenuamente por los altavoces, dando a los prisioneros una versión en inglés de cuanto decía,

mientras que otro grupo de altavoces, de más potente sonoridad la llevaba en su idioma original a cuantos estaban reunidos en la plaza y que pasaban el número de diez mil seres.

—Quiero que mis prisioneros entiendan cuanto digo, porque su propio testimonio confirmará la acusación que he lanzado contra Karm.

Uno de los jueces levantó su mano y Gowka se detuvo en su discurso.

—Has dicho que Karima, la hija de Karm, a la cual encomendó el Gran Consejo de la Ley la misión de impedir que se realizara la expedición de los terrestres a nuestro planeta nos traicionó ¿es cierto?

—Así es—respondió Gowka con altanero gesto.

—Pruébalo.

—Nada ha de ser más fácil para mí. Y probaré que siguió las instrucciones secretas que le dio su padre.

Karm hizo un gesto de indignación y se puso en pie.

—¿Qué absurda patraña has tramado, Gowka?—dijo—. ¿Cómo te atreves a acusar a mi hija sin estar ella delante? Tú sabes que eso es contrario a nuestras leyes. ¿Qué habéis hecho de Karima? ¡Te exijo que hables, Gowka! ¡Mi hija fue a la Tierra y no ha vuelto! ¿Qué habéis hecho de ella?

Aquel era el momento elegido por aquella mente diabólica para dar un golpe espectacular. Sonrió fríamente con una expresión de triunfo en sus ojos y levantó un brazo.

Alguien comenzó a abrirse paso entre la multitud y un murmullo de asombro y estupefacción recorrió las filas de la apretada muchedumbre.

Quienes tal expectación causaban eran un grupo de soldados de Gowka en medio de los cuales caminaba con dificultad una mujer.

Nuestros viejos conocidos Brotak y Zulak mandaban aquel grupo de soldados y se veía en sus rostros la satisfacción que sentían por cumplir tan desagradable cometido.

Apenas subieron a la plataforma, un doble grito se escapó de las gargantas de Richard y Karm.

—¡Karima!

En la voz del anciano se notaba una extraña mezcla de desesperación y asombro, mientras que en la de Richard vibraban la sorpresa y el amor.

Karima avanzaba penosamente bajo la impedimenta de la red de acero y fue empujada hasta el centro de la plataforma.

La bellísima mujer estaba abatida por el peso de las circunstancias. Sus hermosos y sensuales labios habían perdido el color y sus ojos brillaban enfebrecidos por la vergüenza y la ira que la dominaba. La admirable redondez de sus hombros se asomaban por

entre los jirones de la rasgada túnica que llevaba puesta y su pecho se agitaba en una respiración entrecortada.

—¡Ahí tienes a tu hija, Karm!—gritó Gowka—. i Sufre el trato que merecen los traidores!

—¡Miserable!—rugió el anciano, trémulo por la emoción—. ¡Esta vez has llegado demasiado lejos!

Se volvió hacia su guardia y ya iba a dar una orden cuando uno de los jueces le cogió del brazo y le hizo desistir de su intento.

—Danos pruebas, Gowka—dijo el juez severamente.

Richard no pudo aguantar más. Al ver a la mujer que amaba humillada y vencida hizo un poderoso esfuerzo de sus músculos y comenzó a andar hacia ella.

Uno de los soldados se le puso delante y lo derribó Richard de un fulminante cabezazo al pecho.

El resto de la guardia que custodiaba a los prisioneros intentó abalanzarse sobre Richard, pero éste se debatía como un titán bajo la magnética malla de acero. Con la cabeza, con los hombros, con las rodillas golpeaba sin cesar a sus agresores y éstos caían por tierra bajo la furia implacable de aquel hombre.

Mak fue el primero en reaccionar y, empujando al hombre que tenía detrás apuntándole con la linterna de luz amoratada consiguió derribarlo.

En cuanto el haz de luz dejó de proyectarse sobre su cuerpo sintió que se aflojaba la presión de la red de acero y se la quitó de los hombros en un segundo.

—¡Duro con ellos, Richard! ¡Voy en tu ayuda !—gritó.

Cuatro soldados se dirigían contra él y Mak les lanzó la red de la que acababa de despojarse, haciéndoles que se enredaran y cayeran al suelo.

En menos tiempo de lo que tarda en contarse se organizó una movida pelea.

Doug siguió el ejemplo de su amigo y consiguió deshacerse del guardián que le enfocaba la linterna y, asimismo consiguió tumbar de un puñetazo al que custodiaba a Tomlison.

Los tres hombres cayeron como una tromba sobre los que intentaban dominar a Richard y éste consiguió verse libre de la aprisionadora red de acero.

A partir de aquel instante, la pelea tomó características fenomenales.

La potencia de los cuatro terrestres era muy superior, hombre a hombre, que la de sus atacantes. La mayor gravedad existente en la Tierra había educado sus músculos para un mayor esfuerzo y sabían sacar partido de la ventaja.

Una verdadera barrera de soldados separaba a Richard del lugar

que ocupaba Karima, pero sus poderosos puños fueron abriéndose camino con demoledora furia.

Sus brazos se movían como las aspas de un molino y machacaban incesantemente cuanto se le ponía al paso.

A su lado, Mak y Doug disparaban sin cesar sus poderosos impactos y los hombres caían al suelo exhalando sordos gritos de dolor. Tomlison iba algo más rezagado y cubría la retaguardia con un entusiasmo verdaderamente juvenil.

Gowka había sido sorprendido por la inesperada actitud de los terrestres, pero no tardó en reponerse. Dio unas órdenes en su extraño idioma y desde distintos sitios de la plaza comenzaron a avanzar sus disciplinados soldados.

El terror cundió entre los miles de seres que llenaban aquel sitio y pronto se organizó una terrible desbandada, mientras los hombres de Gowka pisoteaban sin piedad a los que tenían la desgracia de caer al suelo.

Todo el Gran Consejo de la Ley se había puesto de pie y sus miradas temerosas miraban no tanto a los contendientes como a las cerradas filas de soldados que se acercaban.

—¡Hacedlos prisioneros a todos!—les gritó Gowka, el cual veía en aquel incidente la oportunidad de acabar de una vez con Karm y el Gran Consejo.

—¡A mí la guardia!—gritó Karm a sus hombres.

Richard llegó junto a Karima y comenzó a luchar contra los hombres que la rodeaban.

Ayudado eficazmente por Mak y Doug consiguió desembarazarse de los mismos y no tardó en estrechar entre sus brazos a la hermosa muchacha.

—¡Karima!

—¡Richard!

En aquellas simples palabras encerraron los dos seres todo el gozo que les producía volver a encontrarse.

Durante un par de segundos permanecieron estrechamente abrazados.

—¡Cuidado, Richard!—gritó la voz de Doug.

Este deshizo el abrazo y recibió con un poderoso golpe en la mandíbula a un soldado que se le venía encima, blandiendo una extraña arma.

El hombre cayó fulminado y su cabeza chocó con violencia contra el suelo de cristal.

Lo que fuera en un principio una insignificante pelea se había generalizado y tenía todo el aspecto de una guerra declarada.

Los soldados de Gowka habían llegado hasta las proximidades de la plataforma y los hombres de la guardia de Karm les habían salido al

encuentro, trabándose una terrible batalla.

A los zumbidos de las armas seguían vivísimos destellos luminosos y una gran humareda comenzaba a invadir el ámbito de la plaza, mientras que un nauseabundo olor a carne quemada iba inundándolo todo.

Los miembros del Gran Consejo de la Ley se habían retirado del estrado y se protegían detrás de las filas de los soldados leales.

Karm había intentado ir hacia su hija, pero el peligro era grande y casi tuvo que ser obligado a viva fuerza a abandonar aquel sitio.

—¡Ve a los montes Doka!—gritó a Karima antes de desaparecer detrás de las filas de sus leales.

En medio de la terrible batalla que se estaba librando entre los dos bandos contendientes, el grupo formado por Karima, Richard y sus amigos había dejado de tener importancia y Richard decidió aprovechar la ocasión.

—Mak, ve por el profesor y tráelo aquí. Debemos marchamos cuanto antes.

Mak obedeció instantáneamente y unos segundos más tarde estaba de regreso con el profesor.

—Siento no poder actuar con la violencia con que lo hacen ustedes—dijo el anciano sabio en cuanto se reunió con sus amigos—, pero les felicito de todo corazón por la magnífica forma que tienen de luchar.

—¿Hacia dónde nos dirigimos, Richard?— preguntó Mak.

—Por el momento salgamos de aquí, luego ya veremos hacia donde encaminamos nuestros pasos.

—Vamos hacia la parte norte de la plaza—dijo Karima, la cual parecía recuperada de su anterior abatimiento.

Richard la cogió de la mano y todos descendieron de aquella plataforma donde el peligro era inminente.

La multitud no había tenido tiempo de evacuar la plaza y la confusión era terrible.

Por doquiera se oían los ayes de los heridos y centenares de personas yacían en el suelo sin vida, dificultando todavía más la huida.

Tan tristes circunstancias favorecieron la marcha de nuestros amigos, los cuales no tardaron en confundirse con aquella marea humana que pugnaba por escapar de la muerte.

Abriéndose paso con todas sus fuerzas consiguieron llegar a una estrecha calle donde era más posible avanzar sin tantas dificultades.

Karima conducía a los fugitivos y en sus ojos oscuros como la noche brillaba la alegría de la libertad recuperada.

—¿A dónde vamos, Karima?—preguntó Richard sin aminorar el paso.

—Es preciso que abandonemos la ciudad. Gowka la ha hecho invadir por sus fuerzas y no habrían de tardar en dar con nosotros. Mientras luchan en la plaza debemos aprovechar la ocasión.

Toda la ciudad vibraba excitada por el rumor del combate que se celebraba en el centro de la misma y grandes masas de ciudadanos huían hacia las afueras o iban a engrosar uno de los dos bandos contendientes.

Una voz sonó a las espaldas de los fugitivos e hizo que éstos volvieran la cabeza.

—¡Karima! ¡Karima!

La muchacha reconoció al hombre que avanzaba hacia ellos y un nombre se escapó de sus labios.

—¡Kor!—dijo con acento de odio.

—¿Lo conoces?—preguntó Richard.

—Sí. Es uno de los que formaba la pandilla de «Tabug. Ellos son los que me hicieron prisionera después de destruir la base de North Platte y me entregaron al odioso Gowka.

Antes de que consiguiera acercarse a la muchacha, Richard le salió al encuentro y lo inmovilizó con una perfecta llave de lucha.

—Suéltame, por favor—suplicó el hombre—. Tengo que hablar con Karima.

—¿Qué quieres de mí, traidor?—respondió Karima, revolviéndose como una joven pantera.

—Te suplico que me escuches, Karima. No soy lo que tú crees. Es tu padre el que me envía.

La muchacha vaciló al oir aquellas palabras y Richard le lanzó una mirada interrogadora.

—Suéltalo, Richard—dijo Karima.

El hombre hizo lo que le pedía la maravillosa muchacha, no sin antes advertir al prisionero:

—Al primer movimiento sospechoso salto sobre ti y te estrangulo.

—Tengo un vehículo muy cerca de aquí—dijo Kor—. Con él podemos marchar a las montañas Doka.

—¿Dices que te envía mi padre?

—Sí. Más adelante te lo explicaré todo. Lo que importa ahora es huir de este infierno. Gowka ha movilizado a buena parte del ejército; varias columnas se dirigen hacia aquí.

Karima pareció apabullada por aquella noticia y se sintió repentinamente abatida.

—He de volver al lado de mi padre—dijo finalmente—.Veo que la partida es a muerte.

—Tu padre desea que vayas a los montes Doka. Está enterado de todo y piensa organizar allí la resistencia con las unidades que le son leales.

—Es mejor que procedamos así—intervino Richard, posando en la muchacha sus ojos cariñosos.

Karima miró al viril rostro de Richard y aún tuvo alientos para sonreir.

—Como tú quieras—dijo.

CAPÍTULO VII

Kor no les había mentido. A unos quinientos metros del lugar donde encontrara a los fugitivos había un poderoso y extraño vehículo automóvil en el que emprendieron el camino hacia las lejanas montañas Doka.

Las noticias de la lucha en Kuma habían sido difundidas a todos los ámbitos del país y la población de todas las ciudades se encontraba excitada y se decidía a tomar parte por uno de los dos bandos.

Una terrible guerra civil iba a extenderse por todo aquel planeta, sembrando la desdicha y la muerte por doquier.

El viaje fue largo, casi un día completo, y los fugitivos apenas si cruzaron algunas palabras entre ellos.

Ahora hacía dos días que llegaran a su destino y la impaciencia los consumía.

Los montes Doka eran una cordillera de agrietados picachos que se extendían en una extensión de miles y miles de kilómetros cuadrados.

Los fugitivos habían encontrado refugio en una cueva situada al pie mismo de uno de aquellos picachos y desde allí oteaban el horizonte en espera de ver aproximarse a alguien.

Kor había tenido la precaución de llenar el vehículo que les sirviera para la fuga de alimentos y el desesperado grupo no tuvo que sufrir los horrores del hambre.

Una cristalina fuente que manaba a pocos metros de su provisional refugio les servía para mitigar su sed.

Kor se había explicado en cuanto pudieron considerarse relativamente a salvo.

—Karm sabía todo lo que iba a suceder—dijo.

—¿Quién le informó?—preguntó Karima.

—Yo mismo.

—¿Tú?—se extrañó la muchacha.

—Comprendo que te asombres—respondió Kor—pero es así.

—Siempre creí que estabas de acuerdo con Jabug y los demás.

—Mientras estuvimos en la Tierra tuve que fingirlo—declaró—. ¿De qué hubiera servido que quisiese oponerme a los designios de esos desalmados ?

—Cuenta todo lo que sepas—dijo Karima.

—El día que te reuniste con nosotros en la caseta de las proximidades de la base de North Platte[2], Jabug decidió que debías

morir. Dijo que ibas a traicionarnos y que sería preciso eliminarte.

—¿Por qué no lo hizo?

—Yo le convencí de que debíamos hacerte prisionera. No veía otra forma de salvarte.

—Prosigue.

—Al principio creí que era sincero en su actitud, pero luego continuó hablando y vi cuáles eran sus propósitos. Tanto si impedías que asesináramos a Richard como si no lo impedías había decidido matarte.

—¿Por qué?—preguntó Karima sorprendida.

—Con gran cinismo nos expuso sus planes. Sabía que Gowka aspiraba a detentar la jefatura de nuestro planeta, de cualquier modo que fuese. Pensaba que te elimináramos y decir luego que nos habías traicionado. De esta manera ponía una poderosa arma en manos de Gowka, con la cual herir de muerte a tu padre Karm.

—Yo sé que no cumplí con mi deber en la Tierra—dijo lentamente Karima—, pero reconocerás conmigo que los terrestres no eran lo que nosotros creíamos.

Al decir estas palabras había mirado a Richard y un suave rubor cubrió sus mejillas de piel suavemente dorada.

—Lo mismo pensé yo—convino Kor—. No somos autómatas y tenemos derecho a pensar por nuestra cuenta.

—¿Y qué sucedió?

—Jabug destruyó la base de North Platte y allí te hicimos prisionera, pero el «Sagitario Z» ya había partido. Comunicamos con nuestra base fuera de la Tierra y pronto vinieron a recogernos.

—De lo demás tengo un doloroso recuerdo— suspiró Karima.

—Pero lo que no sabes es que conseguí comunicar con tu padre el día anterior a la reunión del Gran Consejo de la Ley. Le puse al corriente de lo que sucedía y comenzó a tomar sus medidas. Por desdicha, se necesitaba algún tiempo para que algunas lejanas guarniciones, leales a Karm, llegaran a Kuma; pues sabíamos que Gowka se presentaría en la ciudad con un fuerte ejército. Entonces, tu padre, de acuerdo con el Gran Consejo de la Ley, decidió proseguir el juicio, para dar tiempo a que llegaran las fuerzas leales. Lo demás lo sabemos todos, pues lo vivimos en la terrible jornada de la plaza de Kuma. Espero que la guardia haya podido resistir hasta la llegada de las tropas leales.

—¿Crees que podrán derrotar a Gowka?— preguntó Richard.

El hombre hizo un gesto ambiguo.

—Por el momento, no—respondió—. Gowka arrastra a la mayor parte de las fuerzas armadas y llevará ventaja en los primeros momentos.

—¿Sólo en los primeros momentos?—intervino Tomlison,

pasándose la mano por su roja cabellera.

—Los pueblos de nuestro planeta están con Karm y no tardarán en unirse contra el usurpador. Por eso tu padre, Karima, quiere organizar la resistencia con sus leales en estas montañas, para dar tiempo a que se movilicen las poblaciones.

El relato había terminado y todos se sumieron en un pensativo silencio.

Karima se levantó del suelo y se alejó unos cuantos metros. Richard la siguió un poco más tarde.

—Ten ánimo—le susurró al oído.

—Viéndote a mi lado siento que renace mi esperanza—sonrió la muchacha y sus ojos se posaron acariciadores sobre Richard.

Se habían alejado un tanto y se encontraban fuera de la visión de sus camaradas.

Richard no pudo contenerse y cogiéndola por la cintura la atrajo hacia sí y la besó en los labios.

Karima no ofreció la menor resistencia y entregó en aquel primer beso su corazón al hombre que amaba.

Pagados unos minutos se sentaron en el suelo y continuaron hablando.

—¿Por qué dijiste que los terrestres no éramos lo que vosotros creíais?

—La historia tiene orígenes muy lejanos— suspiró la encantadora criatura.

—Cuéntame—suplicó Richard.

—Hace tres mil años, nuestro planeta fue invadido por un pueblo errante del espacio. Eran seres cuyo planeta se había desintegrado, pero que pudieron escapar a bordo de sus naves del espacio. Su invasión fue cruel y sanguinaria. Estaban muy avanzados en cuestiones técnicas y mi pueblo casi no era otra cosa que un pueblo de sencillos pastores.

—Es maravilloso eso que me cuentas. Sigue.

—Durante más de dos mil años fuimos sometidos a la más dura esclavitud y vivimos en condiciones infrahumanas. Por fin pudimos sacudirnos el yugo y exterminamos a la raza invasora. Desde entonces hay en nosotros un complejo de temor que nos hace ser desconfiados.

—¿Por eso quisisteis evitar nuestro viaje a Venus?

—Más que eso. Cuando hace pocos años nos enteramos que existía otro planeta habitado en nuestro sistema solar comenzamos a temeros. Podíais ser otro pueblo de conquistadores y la sola idea nos horrorizaba. Entonces decidimos ser nosotros los que os invadiéramos.

—Tú y esos hombres que tienen el mismo color de tu piel vinisteis a la Tierra para espiarnos, ¿no es así?

—Cierto. Queríamos saber cuál era vuestro poderío. Nuestro

mayor empeño se cifraba en que no supierais que Venus estaba habitado, pues de este modo podríamos sorprenderos. Al ver que ibais a lanzar vuestra primera expedición a nuestro planeta, nuestro único afán fue impedirlo. Por eso entramos a trabajar yo y mis hombres en la base de North Platte. Por eso incitamos a los miles de obreros a destruir el «Sagitario Z» e intentamos más tarde asesinarte.

—Tú me salvaste la vida—sonrió Richard.

—Pero antes había decretado tu muerte—respondió la muchacha bajando los ojos.

—¿Por qué no permitiste que el plan siguiera adelante?

—Porque había comprendido que los hombres de la Tierra no erais lo que nosotros creíamos. Vi la bondad del profesor Lowe, la leal camaradería de Mak y Doug, tu generosa actitud al arriesgar tu vida por mí, que era una completa desconocida. Pensé que nuestros pueblos podrían tener relaciones amistosas y… y comprendí que comenzaba a amarte.

Richard besó las manos de la muchacha al oír aquellas palabras y ésta continuó:

—Estaba segura de que mi padre aprobaría mi actitud, pues es un hombre humano que odia el empleo de la fuerza. Pero esos hombres me impidieron ponerme en contacto con él. He ahí toda la historia.

—¿Y por qué no habéis atacado ya?—preguntó Richard.

—Aún no disponemos de suficientes naves interplanetarias para transportar un poderoso ejército. Estáis bastante adelantados y no sería difícil hacernos fracasar. Disponemos de poderosas fuentes de energía, pero nos falta resolver muchos detalles técnicos. Ahora tenemos las primeras astronaves experimentales, con una de las cuales hicimos nosotros el viaje a la Tierra.

—¿Y esos fenómenos que se suceden sobre la superficie de nuestros mares son cosa vuestra?

—Sí—respondió Karima—. Hemos conseguido canalizar la energía atómica y dirigimos hacia vuestros mares poderosísimas tempestades de calor. Con ello queríamos sembrar el pánico entre los terrestres y promover una guerra contra los sabios de la Tierra, aprovechando la ignorancia del pueblo. Como sabes hemos conseguido bastante en ese terreno, pues ya son muchos millones de terrestres los que acusan a vuestros sabios de haber desencadenado las terribles fuerzas de la Naturaleza con sus experimentos. Ello habría de damos el tiempo necesario para adquirir una verdadera superioridad sobre vosotros.

Karima calló y Richard le pasó el brazo por los hombros, haciendo que reclinara su adorable cabeza contra su pecho.

Durante mucho tiempo continuaron así, sin dirigirse ni una sola palabra, en un íntimo diálogo de sus corazones.

—Ahora puede ser todo de otra manera—suspiró Karima al cabo de este tiempo—. Todo puede cambiar… si Gowka no consigue la victoria.

Richard no contestó pero la apretó con vehemencia contra su pecho.

CAPÍTULO VIII

Aún pasaron tres días más antes de que se tuvieran las primeras noticias del ejército de Karm.

En el amanecer del cuarto día pudieron divisar sobre la línea del horizonte una delgada franja oscura que se fue agrandando con el paso del tiempo hasta permitir que se divisaran las primeras líneas de las marciales formaciones.

—Vamos a salirles al encuentro—pidió Karima a sus amigos.

El grupo de fugitivos se puso en marcha y al mediodía consiguieron tomar contacto con aquellas fuerzas.

La cercana visión de aquellos hombres puso un latido de angustia en los corazones del pequeño grupo.

Los rostros de los soldados eran severos y mostraban las huellas del cansancio y del insomnio.

Venían cubiertos de sudor y apretaban los labios en una mueca de decisión y coraje.

Karima los vio pasar frente a ella y sus ojos se arrasaron en lágrimas.

Un oficial detuvo su pequeño y veloz vehículo frente al grupo y descendió al suelo.

—¡Subak!—exclamó Karima.

—Que tus ojos vean nacer la mañana—dijo el hombre, saludando a la manera de aquel pueblo.

—¿Qué ha sucedido, Subak?

—Llevamos peleando cuatro días—contestó el oficial—. Gowka ha lanzado contra nosotros a la mayor parte del ejército y hemos ido retirándonos escalonadamente.

—¿Y mi padre?

Por primera vez sonrió el oficial.

—El viejo Karm está luchando como un león. El y sus generales no han abandonado la primera línea ni un sólo momento. Nuestros soldados le siguen ciegamente.

—¿Qué vais a hacer ahora?

—Tomaremos posiciones en las montañas Doka y nos será más fácil resistir la acometida de Gowka. Nuestros agentes están movilizando a lo mejor de nuestro pueblo y no tardaremos en contar con fuerzas para pasar a la ofensiva.

—¡Que Dios os ayude!—exclamó fervorosamente Karima.

El oficial saludó militarmente y volvió a subir a su coche,

reemprendiendo su camino.

Dos horas más tarde vieron acercarse un pequeño convoy formado por diez vehículos. El que iba en primer lugar se detuvo ante el grupo y una voz de cálido acento salió de su interior.

—¡Karima!

Quien pronunciaba de tal modo el nombre de la mujer era un anciano de noble frente y ojos hinchados por el cansancio.

—¡Padre!—exclamó Karima.

Unos segundos más tarde se abrazaban los dos seres en una patética escena que conmovió a cuantos la vieron.

Karima se dejó vencer por la emoción y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—No llores, hija mía—dijo afablemente su padre—. Son malos tiempos para nuestro pueblo, pero te aseguro que, con la ayuda de Dios, prevalecerá la Justicia.

Karima logró rehacerse y presentó los terrestres a su padre.

El noble anciano estrechó la mano de todos y los invitó a subir a su vehículo.

—Hablaremos cuando lleguemos al pie de las montañas—dijo.

Varios de los acompañantes de Karm dejaron sus sitios a Karima y sus amigos y ellos subieron en los otros coches de la pequeña caravana.

—Esta noche hemos conseguido despegar mediante una estratagema el grueso de nuestras fuerzas del ejército de Gowka—explicó el anciano—. Hemos de aprovechar esa ventaja para situar nuestras fuerzas en las montañas Doka antes de la nueva embestida de ese traidor.

Cuando llegaron al pie de las montañas se detuvo la caravana. Karm dio una orden a su estado mayor y los hombres que lo componían se esparcieron por aquel paraje, determinando los lugares por donde el ejército debía penetrar en aquella cordillera.

Una curiosa tienda de campaña, formada por bloques prefabricados de plástico, fue montada casi instantáneamente y en ella se cobijaron Karm y el grupo que le acompañaba en el vehículo.

Media hora más tarde había un verdadero poblado donde antes no existía apenas ningún vestigio de vida.

Las primeras tropas comenzaron a llegar y fueron penetrando en la cordillera por los accesos que habían señalado los hombres del Estado Mayor.

Karm y su hija hablaron durante un buen rato de infinidad de cosas que les atañían a ambos y el anciano confirmó lo que declarara Kor a Karima.

—Ya no me separaré de tu lado—suspiró Karima.

—También nosotros queremos que se nos asigne una misión—

intervino Richard.

—¡Después de todo, también tenemos una cuenta que saldar con ese Gowka que Dios confunda!—exclamó Mak—. Me gustaría cogerlo y empapelarlo con papel de cazar moscas.

—Yo no soy un hombre muy útil físicamente —dijo el profesor—, pero mis conocimientos están al servicio de la causa que usted defiende, Karm.

Doug y Tomlison se pronunciaron en el mismo sentido.

El anciano agradeció a todos su buena disposición, pero denegó con la cabeza.

—¡Nos ha de permitir que luchemos a su lado!—exclamó con vehemencia Richard.

—No es aquí donde seréis más útiles—respondió Karm—. Es preciso que regreseis a la Tierra y déis la voz de alarma. Karima os acompañará y podrá poneros al corriente de nuestros adelantos.

—¡Yo no quiero separarme de tu lado!—repuso Karima.

—Sé que es un sacrificio para ti, pero te pido que lo hagas. Durante siglos y siglos hemos llevado en el fondo de nuestra alma un complejo de temor que se ha transmitido de generación en generación. Mil años de esclavitud grabaron en nuestro pueblo ese miedo y hemos estado dispuestos a todo, con tal de no volver a ser esclavos. Mirábamos a los otros planetas de nuestro sistema creyendo adivinar el peligro, pero no nos dábamos cuenta de que ese peligro estaba desarrollándose en el mismo seno de nuestra propia comunidad. Estos días ha nacido un nuevo conquistador del espacio que llevará la esclavitud y la muerte a nuestro pueblo y a los demás pueblos que habiten el espacio. Ese hombre es Gowka. Quizá aquí pueda ganar la batalla, pero hemos de impedir que pueda realizar sus planes respecto a la Tierra. Porque una cosa he aprendido, hija mía: quien lucha por la libertad no sólo debe hacerlo por la libertad propia, sino por la de todos los hombres que pueblan el Universo.

—¿Pero cómo podemos regresar a la Tierra? —dijo Richard, a quien habían convencido plenamente las sensatas palabras de Karm.

—Vuestro aparato sigue en su lugar donde fue aprisionado por el bosque de Akaba. Intentad recuperarlo y regresad a vuestro planeta.

Sé que es una misión casi imposible, pero es el mejor objetivo que podéis perseguir.

Después de aquellas palabras, el viejo Karm se entregó de lleno a las tareas propias del alto mando que desempeñaba.

—¿Está muy lejos de aquí ese bosque de Akaba?—preguntó Richard a Karima.

—Sí, está lejos—respondió tristemente la mujer—, aunque cualquier vehículo podría dejarnos en sus proximidades

El resto del día lo pasaron los terrestres viendo cómo iba llegando

el grueso de las fuerzas y tomaba posiciones en las altas montañas. Sobre la línea del horizonte se podía observar los fúlgidos fogonazos de las armas, anunciadoras del combate que libraban las fuerzas de retaguardia del ejército que se retiraba con las vanguardias del ejército de Gowka.

Al atardecer se fue nublando el cielo y el presagio gris de la tormenta puso unas tristes pinceladas a la dramática situación.

En las primeras horas de la noche comenzó a descargar la tormenta, derramando un verdadero diluvio sobre los hombres y las cosas.

Fue Richard el primero en reaccionar.

—¡Eh, Mak, Doug! ¡Ahí tenemos nuestra oportunidad!

¿Qué te sucede?—preguntó Mak.

—¡Está lloviendo! ¿No os dais cuenta?

—Claro que me doy cuenta—respondió Mak—. ¡Y maldita la gracia que me hace!

—¡Es nuestra oportunidad!—repitió Richard entusiasmado—. En este momento será inofensivo el maldito bosque petrificado en el que aterrizamos. ¿No os dais cuenta?

—¡Diablos!—exclamó Doug—. No se me había ocurrido pensar en ello.

—Es cierto—dijo Tomlison—. Esta es nuestra oportunidad.

—Es preciso que nos pongamos en marcha cuanto antes, Karima. ¿Puedes proporcionarnos un vehículo?

—Hablaré con mi padre.

La muchacha fue en busca de su progenitor y volvió pocos minutos más tarde acompañada por el mismo.

—Todo puede salir bien si se dan prisa—dijo Karm—. La tormenta durará varias horas y abarca la región del bosque de Akaba.

En unos segundos estuvieron listos para la marcha y un poderoso vehículo automóvil se detuvo a la entrada de la tienda.

Karima vaciló un instante pero su padre le dijo con cariñoso acento:

—Cumple con tu deber, hija mía, como yo estoy cumpliendo con el mío. Mantendré una relación contigo por medio de nuestro radio-fotones de pulsera. Sabrás cómo marchan las cosas.

Karima se abrazó estrechamente a su padre y el anciano depositó un beso en su frente.

—Yo te bendigo, hija mía, y pido a Dios que volvamos a reunirnos algún día. Desde distintos frentes, luchamos los dos por la misma causa. ¡Ten ánimo!

Después se volvió a los terrestres y estrechó con emoción y cordialidad sus manos.

—Que la suerte os acompañe—dijo.

Todos apretaron efusivamente la mano del noble anciano e hicieron votos por el triunfo de su causa.

—Partid, partid cuanto antes—apremió Karm.

Se introdujeron en el coche y Karima fue la encargada de manejarlo.

Una última mirada se cruzó entre ella y su padre y Karm sonrió valerosamente.

Un instante más tarde, el vehículo se deslizaba a toda velocidad hacia el bosque de Akaba.

CAPÍTULO IX

Cuando llegaron a su objetivo, la luz del amanecer ponía unas pinceladas desvaídas sobre el bosque de árboles acorazados.

La lluvia caía pertinazmente y todas las ramas se estiraban hacia las alturas como si millones de poderosos brazos se dirigieran al Cielo en patético gesto de agradecimiento por la vivificante lluvia.

El coche tuvo que ser abandonado y el audaz grupo continuó a pie su camino.

Mak no pudo evitar que un escalofrío le recorriera la columna vertebral, al pensar lo que sucedería si aquella lluvia cesase.

Pero no era él sólo quien tenía tan lúgubres pensamientos. En la mente de todos los terrestres estaba la escena de los primeros momentos de su llegada a Venus. Las ramas doblándose sobre el cuerpo del mono que soltaran, penetrando en sus tejidos y succionando vorazmente su sangre.

A ellos les pasaría otro tanto si aquella lluvia cesaba, pues ya estaban metidos en el corazón mismo del bosque.

Todos pensaron en ello pero nadie hizo la menor alusión al asunto.

Richard había hecho una descripción aproximada del lugar donde habían aterrizado y Karima procuró llevarles hacia el mismo.

Sin embargo, anduvieron durante varias horas y no consiguieron dar con el aparato.

—Debo haber interpretado mal tus explicaciones—dijo Karima.

Richard volvió a dar cuantos pormenores recordaba y continuaron buscando.

El día iba avanzando y algunos desgarrones entre las nubes comenzaron a dejar ver el cielo raso.

—Es preciso que demos cuanto antes con ese condenado sitio—gruñó Mak.

—La lluvia no durará más de media hora —dijo Tomlison.

La situación no podía ser más delicada y todos dirigían sus ojos entre los árboles del fantástico bosque, en espera de descubrir la astronave que les trajera de la Tierra.

Fue el profesor Lowe el que lo descubrió.

—¡ Allí, allí!—gritó.

Todos dirigieron la mirada hacia el punto que señalaba con su brazo extendido y vieron la imponente silueta del «Sagitario Z.»

—¡Hurra!—gritaron Mak y Doug al unísono.

—¡Alabado sea Dios!—suspiró Tomlison, al tiempo que se pasaba la mano por sus rojos y mojados cabellos, en un gesto que le era habitual.

Apresuraron el paso y no tardaron en encontrarse al pie de la poderosa astronave.

El cadáver del mono comenzaba a descomponerse debajo de un árbol y Richard pensaba que era todo un símbolo de lo que había sido el primer viaje de los terrestres al planeta hermano en el sistema solar.

Fue la muerte quien les diera la bienvenida apenas se posaron sobre la superficie de Venus y la muerte les despedia en el instante que se disponían a abandonarlo.

—¡Vamos arriba!—animó a sus compañeros.

La escalera lateral aún estaba tendida y por ella consiguieron introducirse en el interior del «Sagitario Z.»

—¡Bendito sea!—exclamó Mak.

—Tengo la sensación de regresar a casa —dijo Doug.

—¡Jamás creí que me sentiría tan feliz al volver a las incomodidades de esta cabina! —suspiró Tomlison.

—¡Todo el mundo a sus puestos!—ordenó Richard—. Apresurémonos a despegar o nos veremos imposibilitados por esos malditos árboles.

—En este momento está cesando de llover —informó el profesor Lowe.

—Tú, Doug, a las máquinas—ordenó Richard—. Mak que vigile la pantalla de televisión y yo tomaré los mandos del aparato.

En un segundo estuvieron todos en sus puestos y Richard comenzó a maniobrar los mandos.

—Motores fotónicos uno y dos en marcha —dijo Doug.

—Cielo despejado—comunicó Mak.

—¡Despego!—casi gritó Richard.

El «Sagitario Z» tuvo un ligero estremecimiento y comenzó a elevarse en medio de una general emoción.

—¡Ya estamos, ya estamos!—gritó Mak alborozado—. ¡Por fin hemos conseguido levantarnos sobre este infierno!

Sus ojos tropezaron con la mirada triste de Karima y cortó en seco sus expresiones de alegría.

—Perdóname, Karima... No recordaba...

Las palabras de Mak se estrangularon en su garganta.

Karima alargó su delicada mano y presionó cariñosamente el hombro de Mak, al tiempo que le sonreía valerosamente.

—Volaremos a poca altura hasta que estemos en la trayectoria que debernos seguir en nuestro viaje de regreso. ¿Quiere darme la situación, profesor?

El sabio consultó unos instrumentos y dio los datos precisos.

Richard tomó buena nota de los mismos y manipuló los mandos del aparato.

—Tendremos que desviamos hacia el Oeste —dijo.

Durante unos minutos volaron a poca velocidad y escasa altura, buscando situarse en la trayectoria que habrían de seguir.

Cada uno ponía su atención en la tarea que tenía encomendada y fue Tomlison, que no dejaba de mirar el paisaje que se deslizaba por debajo de la astronave quien les reclamó un instante.

—¿Qué es eso que se ve ahí debajo?

Todos miraron hacia el suelo y pudieron ver una enorme construcción de acero que se levantaba sobre el suelo con majestuosa potencia. Aquella formidable estructura de más de cien metros de altura y forma circular estaba constituida esencialmente por una serie de complicadas torres, todas ellas enlazadas por la parte superior por medio de un anillo hueco de colosales dimensiones.

—¡Es extraordinario!—exclamó el profesor.

—¿De qué se trata?—preguntó Richard.

—Ese es el aparato mediante el cual enviamos a la Tierra las terribles descargas calóricas —dijo Karima—. Sé poco de él, pero puedo deciros que funciona automáticamente, haciendo una descarga cada tres días.

—Es un integrador de deuterio—intervino el profesor—. Mecánicamente usan el sistema de! toro geométrico, que es ese enorme anillo que descansa sobre las torres, las cuales no son otra cosa que enormes transformadores en serie. En el interior del anillo se produce, mediante una terrible descarga eléctrica, la fusión del deuterio en átomos de helio, liberando una gran cantidad de energía.

—Veo que está bien informado—sonrió Tomlison.

—En la Tierra disponemos de algo semejante, aunque de menores proporciones—repuso el profesor—. Así y todo, hemos conseguido temperaturas de cien millones de grados.

Richard tuvo una súbita inspiración.

—¿Y si consiguiésemos destruirlo?—dijo en voz alta.

—¿Con qué armas?—preguntó Mak, escéptico.

El profesor Lowe quedó silencioso y sus ojos miraron hacia un punto indefinido.

—¿Cómo es posible que eso pueda producir cien millones de grados?—preguntó Tomlison—. No hay ningún material en el universo que pueda resistir una temperatura mil veces más pequeña.

—Y sin embargo—contestó el profesor—, se puede conseguir esa temperatura hasta en el interior de un tubo de cristal.

—¿Cómo es posible?—dijo asombrado Tomlison, expresando en voz alta lo que pensaban todos.

—Los millones de grados que se producen al integrarse el

deuterio en átomos de helio forman un campo que se ve comprimido por un poderoso campo electromagnético exterior que le impide tocar las paredes del tubo, de forma que tan gran temperatura se encuentra flotando en el vacío del tubo, sin tocar las paredes del mismo. Fueron los ingleses los primeros en conseguir este prodigio, a mediados del siglo veinte y llamaron al aparato «Zeta».

—¡ Realmente maravilloso!—admitió Tomlison con entusiasmo.

—Por cierto…

El profesor Lowe se detuvo y un brillo de esperanza apareció en su mirada.

—¡Podría ser la solución!—exclamó.

—¿La solución de qué?—preguntó Richard.

El profesor Lowe comenzó a manipular algunos aparatos y no contestó. De vez en cuando hacía unos complicados cálculos y volvía a consultar los instrumentos.

Richard no sabía qué pretendía el sabio pero volaba en círculo sobre la formidable estructura de acero, en espera de que el profesor resolviera aigo.

—Es posible—murmuró Lowe entre dientes, al cabo de algún tiempo.

Levantó su mirada brillante y la paseó por los rostros interrogativos de sus compañeros.

—¡Vamos a destruir esa arma del infierno! —dijo.

—¿Cómo piensa conseguirlo ?—preguntó Mak.

—Enviaremos un haz de iones metálicos y descargaremos los condensadores—dijo—. Ello hará que se reduzca el campo electromagnético y la terrible temperatura de ese tubo toroidal fundirá todo el ingenio de acero con la misma facilidad que una llama carboniza una pajuela.

A partir de este instante se sucedió una febril actividad en el interior de la astronave.

El profesor iba dando instrucciones precisas para el manejo de los aparatos y media hora más tarde estaba todo listo.

—Sitúese a diez mil metros de altura, Richard. Es la máxima distancia que podemos permitirnos para que sea eficaz nuestro rayo de iones metálicos.

Richard maniobró los mandos y no tardó en informar.

—Diez mil metros.

—Ahora ponga atención, Richard. Cuando yo baje esta palanca dé toda la velocidad al «Sagitario Z» y aléjese como una centella.

—Que todo el mundo se ate los cinturones de seguridad— ordenó Richard.

Unos minutos más tarde estaban todos dispuestos a afrontar la experiencia.

—Preparados—dijo el profesor.

—Preparados—contestó Richard.

La mano del profesor se posó en la pequeña palanca y la bajó rápidamente.

—Ya—dijo.

Richard aceleró al máximo y el aparato pegó un terrible salto, aplastando a todos contra sus asientos.

Lo que sucedió en el suelo fue algo inenarrable.

Un tremendo y blanquísimo fogonazo deslumbró a los pasajeros del «Sagitario Z» y una inmensa llamarada que incendió las primeras capas de la atmósfera se elevó hacia el cielo, siendo un verdadero milagro que no alcanzara la astronave de nuestros amigos.

—¡Lo hemos conseguido! ¡Lo hemos conseguido!—gritó el profesor entusiasmado—, Ese instrumento de muerte ya no nos azotará como lo hizo en el pasado. Su propia potencia se ha devorado a sí mismo.

Todos lanzaron un ¡hurra! estentóreo y apartaron sus ojos de aquel sitio, donde parecía que se habían abierto las puertas del infierno.

—Ahora roguemos a Dios que nos dé un buen viaje hasta alcanzar la Tierra—dijo Tomlison.

Todos musitaron una plegaria y parecieron seres que renacían de un triste pasado.

—¡A la Tierra!—gritó Mak con entusiasmo.

Richard y Karima se miraron silenciosamente a los ojos. No pronunciaron ni una sola palabra, pero en aquella mirada se decían cuánto amor y esperanza anidaba en sus corazones.

FIN

Concluirá en el próximo tomo, titulado: ENERGÍA «Z»

La Luna se dirigía contra la Tierra en una terrible catástrofe cósmica y, mientras tanto, el Rey de Nueva York se imponía en medio de una orgía de sangre.

Jamás han leído nuestros lectores un relato tan alucinante como el que hace el

PROFESOR HASLEY

en su extraordinaria novela

ENERGIA «Z»

Un mundo, a punto de perecer, desata sus más bajas pasiones y el horror y el crimen son sus únicos dueños.

ENERGIA «Z»

Es una de las más apasionantes novelas del

PROFESOR HASLEY

que dejará un recuerdo apasionado en nuestros lectores.

Aparecerá en el próximo número de la

COLECCION

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* ***6*** *pesetas.*

Fernando Ferraz Fayos (1918-1988) es un autor que no tenía nada de anglosajón ni tampoco era físico teórico aunque escribía con el seudónimo de *Profesor Hasley*. No era profesor universitario de Física sino de literatura en institutos y academias. En cuanto a la segunda palabra de su seudónimo, parece ser que se trataba de una trascripción fonética, más o menos libre, del apellido de Aldoux Huxley, un escritor al que admiraba.

Fernando Ferraz escribió solamente para la Editorial Valenciana, firmando como Profesor Hasley en Luchadores del Espacio y como Alan Kensington en las colecciones Comandos, donde publicó dieciséis novelas, y Policía Montada, donde lo hizo con otras cinco.

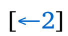
Ferraz nació en Valencia en 1918 en el seno de una familia de ferroviarios. El estallido de la guerra civil le sorprendió estudiando el bachiller, el cual tuvo que interrumpir. Combatió en el bando republicano, lo que le costó ser objeto de duras represalias -llegó a ser encarcelado por sus actividades políticas- una vez terminada ésta.

Su labor literaria dentro de las novelas de a duro se desarrolló principalmente en los años cincuenta, con algunas postreras publicaciones a principios de los años sesenta. Sus dos grandes pasiones fueron la docencia y la literatura, y fuera del género escribió poesías y relatos y esbozó una novela autobiográfica. Falleció en 1988.

Notes

[←1]

Véase en la misma colección: ¡Karima! (número 125)


Véase en la misma colección: ¡Karima! (número 125)